El Amante de la Belleza

Víctor Saltero

LIBROS GRATUITOS

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Uno

El Ford azul estaba aparcado en batería en la calle Juan de Mena. Dentro, un hombre solo, con sus dedos tamborileaba el volante. Sobre la ciudad de Barcelona caía un fuerte chaparrón primaveral y se había levantado un molesto viento del oeste. Aunque era media tarde las calles estaban casi desiertas. Los pocos peatones que transitaban lo hacían con prisas, intentando protegerse de las inclemencias del tiempo. Más de uno se refugiaba bajo los soportales, esperando que amainara la fuerza de la lluvia.

El hombre que estaba en el automóvil había dejado de tamborilear el volante, mientras las gotas de agua se deslizaban de arriba abajo por el parabrisas.

Miró a un lado y otro observando que no había nadie en los coches que junto a él estaban estacionados.

De repente se tensó. Una mujer envuelta en un impermeable blanco, con paso acelerado, apareció a la izquierda de su automóvil. El conductor clavó la mirada en ella. La chica andaba por la acera rápidamente, pero el fuerte viento le provocaba dificultades con el paraguas. Siguió avanzando por la acera. Al llegar a la altura del Ford azul, que se encontraba junto al paso de peatones por el cual tendría obligatoriamente que pasar, la mujer vio cómo se abría una puerta repentinamente, y oyó una voz suave que le dijo:

—Sube, Marta.

La aludida se detuvo. Agachó la cabeza para mirar en el interior del vehículo por la puerta entreabierta y, reconociendo al hombre, respondió:

— ¡Ah, eres tú…!

—Sube —insistió la voz del hombre—. Vas a ponerte chorreando. Te acercaré a casa.

Marta dudó un instante, pero, viendo cómo estaba el día, decidió aceptar la invitación. Luchó con el paraguas para cerrarlo dificultada por el viento y, tras conseguirlo, entró en el automóvil.

Momentos más tarde, después de realizar una ligera maniobra, salían del aparcamiento y tomaban la avenida Vall d’Hebron en dirección a su casa. Vivía en la calle Berruguete, así que en pocos minutos se encontraría con su familia.

El automóvil veloz atravesó las zonas verdes, terminadas las cuales

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

debería torcer a la derecha para ir al domicilio de la chica. Pero no lo hizo. El conductor tenía fija su mirada hacia delante.

La mujer le miró extrañada. Ésa no era la dirección correcta. El hombre, pareciendo adivinar sus pensamientos, la tranquilizó:

—Es sólo un instante. Tengo algo urgente que recoger y después te acerco.

Ella le dirigió una sonrisa de aceptación.

Era bonita, muy bonita. Delgada pero proporcionada. Pelo castaño y corto, y con las decididas curvas de la mujer en su más hermosa plenitud. Tendría treinta y pocos años.

Marta miraba por la ventanilla del automóvil observando el viento que movía los árboles y la lluvia que caía sobre el asfalto. No tenía mucho de qué hablar con Jaume Zapata; lo conocía desde hacía tiempo como compañero de trabajo en el instituto de secundaria Vall d'Hebron, y sabía que era hombre de muy pocas palabras. Compartían claustros y algunos momentos de ocio. Especialmente, los ratos del café. Dos o tres veces lo había invitado a su casa, siendo cierto que las escasas palabras que pronunciaba solían ser inteligentes; pero sobre todo era alguien que sabía oír, lo cual para ella era importante pues aunque se comunicaba generalmente bien con su marido, no era menos cierto que en los últimos años, especialmente a raíz del nacimiento del segundo hijo, los silencios entre ellos emergían con mayor frecuencia. A él le costaba entender que terminaba los días agotada: clases en el instituto por las mañanas, lo que significaba lidiar con bastantes cafres; después llegar a casa, comer, y más tarde ir a impartir lecciones particulares —de las que ahora salía—, pues también las necesitaban para ayudar al pago de la hipoteca. A partir de las seis comenzaba la atención a los dos hijos: un corto y siempre insuficiente rato de juegos, baños, cenas y a la cama tras las correspondientes protestas.

Menos mal que la chica que le ayudaba se ocupaba de limpiar la casa, preparar comidas y recoger de la guardería a los críos. "¡Una verdadera joya, pero con buen sueldo!", pensó.

A veces se le pasaba por la cabeza si no le saldría más barato dejar los trabajos y ocuparse ella misma de la casa. Pero sabía que no, que se subiría por las paredes si tuviese que reducir su vida a limpiar el polvo o planchar camisas. Su marido nunca llegaba antes de las ocho de la tarde, apenas con tiempo para dar un beso a los pequeños. Después ambos caían frente al televisor a contemplar la última estupidez que pusiesen, siempre que no hubiese partido del Barsa, claro está.

Sí, algunas veces necesitaba quien la escuchase, y Zapata sabía hacerlo.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Lo miró y vio que seguía con la mirada fija en el asfalto. En el exterior seguía lloviendo.

De repente se detuvieron al borde de la carretera. Fue a volverse inquisitivamente hacia el conductor cuando sintió un pañuelo en el rostro que con fuerza la aprisionaba contra el respaldo del asiento. Algo húmedo le mojó la cara. Notó que se mareaba, y pocos segundos más tarde perdió el conocimiento.

****

Había oscurecido sobre Barcelona. El automóvil, un Ford azul, estaba aparcado en batería en la calle Ventura Rodríguez frente a un supermercado que estaba cerrando sus puertas. Los pocos peatones que transitaban lo hacían con paso rápido, luchando contra el viento y la lluvia para poder mantener la verticalidad de los paraguas.

El sol no había estado visible durante toda la jornada, pero, en realidad, se había puesto hacía poco tiempo. Lo desapacible del día no invitaba a que la gente transitara por las calles.

El hombre permanecía quieto dentro del automóvil. Parecía esperar a alguien pues, con frecuencia, clavaba su mirada en la esquina próxima donde estaba situado el colegio público Doctor Folch I Camarasa.

Se podía adivinar que un cierto nerviosismo le invadía por su insistencia en limpiar el vaho que se formaba en el parabrisas e, inmediatamente después, volvía a clavar la mirada por donde debería aparecer la persona que esperaba.

Se puso rígido sobre el asiento. Por la esquina asomaba, andando con prisas, una joven, apenas una chiquilla, que necesariamente tendría que pasar por delante del automóvil estacionado. Al llegar a la altura de éste vio cómo se abría la puerta lateral derecha, interrumpiendo su camino, y la voz que salió del auto le dijo:

—Sube, Ana María. Te llevaré a casa.

La chica, confiadamente, miró hacia el interior del automóvil. Sonrió al reconocer al conductor:

—Te acercaré a casa —insistió el hombre—. Sube.

La joven, tras un “gracias” por lo oportuno de la oferta, se instaló en el asiento de al lado del conductor.

Éste maniobró para salir del aparcamiento.

Ana María no tendría más de diecisiete años. Una melena morena y unos

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

ojos grandes y expresivos daban personalidad a sus femeninas facciones. Joven y hermosa, dejaba adivinar que, en su día, sería una espléndida mujer.

El automóvil tomó la calle Jorge Manrique y, tras doblar por Arquitecto Monagas, se dirigió velozmente hacia la avenida Vall d'Hebron.

No era la dirección correcta. Ella sabía que él conocía perfectamente su domicilio por haber coincidido varias veces en sus proximidades, bien al entrar o al salir del instituto. Más de una vez se habían detenido a hablar. Incluso una tarde la invitó a café en un bar del barrio. En su presencia, cuando se encontraban a solas, se sentía algo cohibida. Era un hombre que hablaba poco y miraba mucho. Por supuesto de forma correcta. Pero hubo de reconocer que no se encontraba cómoda allí sentada en el coche junto a él.

Volvió la cabeza hacia su profesor mirándolo inquisitivamente. Zapata se dio cuenta y le devolvió la mirada con una sonrisa tranquilizadora.

—Discúlpame. Tengo que recoger algo urgente antes de que me cierren. Enseguida te acerco a tu casa.

—Por supuesto —contestó la chica algo azorada.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Dos

Cuando Marta comenzó a abrir los ojos sintió que todo le daba vueltas. Volvió a cerrarlos mientras una sensación intensa de fatiga la invadía.

Decidió esperar unos momentos hasta ir notando que se recuperaba lentamente. Los intentó abrir de nuevo instantes más tarde. Los párpados le pesaban. Poco a poco pudo ver que se encontraba en lo que parecía la habitación de un hotel. Todo a su alrededor daba impresión de pulcritud, de orden. Decidió esperar unos minutos aún antes de intentar levantarse, así que desde la cama desparramó la vista procurando adivinar dónde estaba. Pudo ver que la cama que ocupaba se encontraba franqueada por dos coquetas mesitas de noche. Enfrente, una cómoda también de madera y en la parte superior de ésta un amplio espejo. En la pared lateral derecha había unas cortinas que supuestamente taparían una ventana, y en el lado izquierdo existía un armario empotrado y dos puertas consecutivas. Observó que una luz homogénea iluminaba la habitación, aunque no fue capaz de adivinar de dónde procedía.

Probó a incorporarse, consiguiéndolo a medias, aunque todavía sentía que su cabeza daba vueltas. Esperó unos segundos hasta que la sensación de vértigo fue disminuyendo.

Se incorporó definitivamente y bajó de la cama. Pudo contemplar su propia imagen en el espejo, percatándose de que tenía las mismas ropas que cuando la habían traído a aquel lugar, pero el impermeable blanco había desaparecido y no se veía por la habitación.

De pronto, se sentó nuevamente en la cama al recordar lo pasado: volvía a casa y llovía, cuando se encontró en el coche a Jaume Zapata, su compañero de trabajo en el instituto, que la había invitado a subir al automóvil. Recordaba vagamente que él le había tapado la boca y la nariz con un pañuelo mojado en algún producto, y que a partir de ese momento, tras sentir una fuerte sensación de asfixia, perdió el conocimiento. No recordaba nada más y ahora se veía aquí, en esta habitación.

¿Qué había pasado? ¿Por qué Zapata la había llevado allí? ¿Qué pretendía? Evidentemente no podía ser dinero, puesto que él sabía perfectamente que ella y su marido conformaban una familia media normal que vivía del sueldo de ambos, siempre insuficiente y más con dos niños. Entonces, ¿por qué? ¿Qué sentido tenía lo que le pasaba? ¿Ese hombre estaba loco?

Durante minutos siguió intentando reflexionar aturdida. A su mente llegaron, desordenadamente, las imágenes de sus hijos y marido, a los cuales

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

intuía enormemente preocupados con su desaparición.

¡Qué silencio la envolvía!

Trascurrió un tiempo antes de que su cabeza y sus sentidos se recuperaran plenamente. Según aumentaba el nivel de conciencia, en la misma medida emergía la sensación de pánico. El miedo le nacía en la nuca y, cayéndole por la espalda, llegaba hasta los dedos de los pies, con una especie de corriente eléctrica que le produjo temblor en todo el cuerpo. Como si tuviese frío.

Respiró hondo intentando controlarse. No lo conseguía. Aun así decidió levantarse y mirar por la habitación. Se acercó a las cortinas descorriéndolas con un movimiento rápido. Allí no había nada. Ninguna ventana. Sólo un muro. Sintió que las piernas no la sostenían. Volvió a intentar respirar hondo. Su boca no tenía saliva, estaba totalmente seca. Pero decidió averiguar qué le estaba sucediendo. ¿Se despertaría descubriendo que todo era una pesadilla? ¿Un mal sueño? No, no lo parecía. ¿Por qué Zapata la había llevado allí? Le martilleaba el cerebro, una y otra vez, esta interrogante.

Miró las puertas y pensó que tenía que abrirlas. Dudó entre la izquierda y la derecha, decidiéndose finalmente por la primera. La empujó lentamente. Por la hoja semiabierta pudo observar que se trataba de un amplio cuarto de baño, como el de un hotel de cinco estrellas. Lo iluminaba una luz también homogénea, como la del dormitorio, que parecía salir del techo. Había una amplia bañera, el inodoro y un lavabo de gran tamaño con dos grifos plateados.

Observó que junto a la repisa del lavabo había un cepillo de dientes, pasta, gel, colonia y jabones. Aquello estaba preparado para alguien. De repente, la sensación de escalofrío se intensificó: todo era de la marca que ella utilizaba normalmente. Salió de golpe del baño y se tiró en la cama lanzándose sobre ella boca abajo. Escondió la cara entre las almohadas y empezó a sollozar.

No sabría decir qué tiempo había pasado hasta que consiguió serenarse lo suficiente como para incorporarse de nuevo. Volvió a preguntarse qué era lo que pasaba. ¿Por qué a ella? ¿Estaría Zapata con más personas? ¿Pertenecería a algún tipo de secta extraña, de esas de las que hablaban algunas veces los medios de comunicación?

Se sentó otra vez sobre la cama y pensó en gritar por si alguna persona pudiese oírle, pero dudó pues en el fondo le agobiaba el pensamiento de que la otra puerta se pudiera abrir y apareciera alguien. No obstante, se decidió finalmente. Gritó con toda su alma y después esperó unos minutos la posible respuesta. No llegaba, sólo el silencio respondía a su voz rota.

Lo intentó de nuevo, pero esta vez llamando a Jaume Zapata por su

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

nombre. El resultado fue el mismo.

Pasados unos minutos decidió levantarse otra vez y se acercó a la cómoda. Tiró de un cajón encontrándolo lleno de ropa interior femenina, perfectamente dispuesta. Tras cerrarlo, se aproximó al armario empotrado que permanecía con la puerta cerrada. Era un armario de una sola hoja, amplio y alto, de madera oscura. Tiró del picaporte con suavidad y vio que estaba repleto de prendas para mujer, perfectamente colgadas y dispuestas. Lo cerró rápidamente. Reflexionó unos instantes y lo volvió a abrir. Miró con atención. Tuvo la impresión de que esos trajes le eran conocidos, que podrían haber pertenecido a su guardarropa. Una nueva sensación de escalofrío, si cabe más profunda que las anteriores, como un frío latigazo recorrió su cuerpo cuando fue consciente de que TODA LA ROPA ERA DE SU TALLA.

El pánico era la única sensación que la invadía, sobrepasándola. Con un gesto de autoprotección, se sumergió en la cama, entre las sábanas, volviendo a esconder la cara en las almohadas.

Sin apenas darse cuenta se durmió agotada.

Cuándo despertó aún existía la misma luz en la habitación y notaba en sus mejillas la humedad de las lágrimas derramadas. ¡Era imposible que le estuviera sucediendo! ¡Esto sólo pasaba en las películas y a personas famosas! ¡No era posible! ¿Para qué iban a querer raptarla? Sin embargo parecía que todo aquello habíase previsto para ella. Exclusivamente para ella: las diversas ropas, los detalles del tocador, eran de sus medidas y gustos. ¿Tanto la conocía Zapata? ¿Quién la introdujo allí, sólo él o habría otras personas implicadas? ¿Qué esperaban conseguir?

Pasó un tiempo, y después comenzó a pensar en abrir la última puerta. Dudaba, pero tenía que buscar respuestas y si pudiese escapar ¿Qué podría encontrar?

El miedo invadía cada célula de su cuerpo. Lo sentía en su vientre, en el cerebro, en el acelerado corazón, en sus manos y sus pies y, sobre todo, en la nuca. Estaba sola, pero tenía la sensación de que alguien la miraba. Alguien que no estaba allí, o alguien que no existía. “¡Dios mío!”, pensó, “¿qué me sucede?”.

Tras agotar su vista de pasearla por cada rincón de la habitación intentando descubrir algún indicio que le diera explicación razonable a aquella locura, terminó clavándola en la puerta cerrada; la que le faltaba por abrir. Le asustaba pensar en lo que encontraría. Decidió, no obstante, acercarse a ella. Casi con las puntas de los dedos empujó el pomo hacia abajo y éste cedió. La puerta se entreabrió lentamente, sin ruido alguno. Vio que conducía a un pequeño pasillo que tras unos metros parecía una habitación más amplia. El corazón

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

le dolía saltando en su pecho. El corredor medía apenas tres pasos, pero tuvo la sensación de que tardaría una eternidad en darlos. Los recorrió. Cuando llegó al final contempló, con una mezcla de asombro y del terror que no le había abandonado desde el primer momento, que se encontraba en otra habitación, aparentemente un salón, cuyas paredes estaban cubiertas de libros perfectamente ordenados en una biblioteca de madera que ocupaba desde techo al suelo. Observó que algunos títulos le eran familiares.

En el centro de la habitación había un sillón amplio de color claro y una mesita nacarada en blanco. Todas las paredes de la sala estaban cubiertas por la librería, salvo el hueco por el que había entrado y otro que contenía una televisión de unas treinta pulgadas. Allí no había más entradas ni salidas. La luz que bañaba el salón era tan homogénea y misteriosa como la del resto de las habitaciones.

Desconcertada, y sin que por un instante le abandonara el escalofrío que recorría su columna vertebral, a paso rápido volvió a la cama. Un pensamiento asaltó su mente: ¡aquel lugar no tenía ninguna salida al exterior!

Lloró.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Tres

Hay un refrán que dice: “A quien madruga Dios le ayuda”; pero, como todos ellos, también éste tiene su opuesto: “No por mucho madrugar amanece más temprano”. Hur sabía que su señor era un apasionado seguidor de éste último.

Daban las once en punto cuando el mayordomo llamó suavemente a la puerta del dormitorio con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía una bandeja portando una pequeña taza. Sin esperar respuesta penetró en la habitación. Era amplia, con una cómoda centrada en una de las paredes, y en la opuesta una cama doble de gran tamaño. A cada lado, unas mesitas de noche construidas con recia madera.

Entre las sábanas del lecho se agitó perezosamente un cuerpo al oír la entrada del criado. Éste, sin apenas mirar al durmiente, se dirigió al amplio ventanal de madera noble que daba al exterior, abriendo una de sus hojas. Como un torrente entró la luz de la mañana.

—Señor, tenemos un magnífico día.

El aludido se removió sobre la cama y, retirando ligeramente las sábanas, se incorporó hasta sentarse. Dirigió una mirada al mayordomo y después al reloj despertador que estaba sobre la mesita de noche.

Como siempre Hur había sido puntual.

El mayordomo se acercó a la cama y colocó la taza sobre la mesita. Mientras tanto el hombre, que se había incorporado dejando ver un pijama de seda azul al tiempo que bebía el contenido de la taza, se dirigió al criado:

— ¿Me decía que hace un buen día, Hur?

—Efectivamente, señor. Un día hecho para disfrutarlo.

El aludido, que presentaba signos evidentes de su reciente despertar realizó un gesto de aprobación.

—Muy bien —dijo mientras procuraba desperezar sus ideas—. ¿Qué programa tenemos hoy?

El criado, mientras extraía del armario un impecable traje de tela gris, respondió:

—Tiene comida prevista a las dos y media con su administrador en la Tabernas del Alcornoque, donde le prepararán el carpaccio de langostinos y

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

patata; y por la tarde tiene cita en el club de tenis con don Mariano, para jugar el partido habitual.

—Muy bien.

Hur mostraba en ese momento una prenda de vestir a su jefe.

—Señor, creo que la corbata azul sería la adecuada para este traje.

Víctor, al tiempo que hacía un gesto de despreocupada aceptación, preguntó:

— ¿Y esta noche, hay algo?

—A las nueve ha de recoger para cenar a la señorita Irene.

—Excelente —dijo por toda respuesta Saltero ante las perspectivas que el día le proporcionaba. Por un instante sonrió para sí mismo recordando los ojos y la sonrisa que le aguardaban en la apetecible cita nocturna. Irene y él compartían una intensa y larga relación de amantes, cómplices, deseos e imaginación. Su piel morena, su pelo corto, el suave óvalo de su cara y su compañía, conseguían llenar ciertos aspectos fundamentales de su existencia.

El mayordomo interrumpió el curso de sus pensamientos:

— ¿El señor tiene pensado escribir hoy?

Saltero pareció reflexionar un instante antes de contestar:

—Creo que no. Estoy muy atascado con el último libro.

Momentos más tarde se animó a levantarse definitivamente, reconfortado por ese líquido que Hur le proporcionaba todos los días y cuyo contenido desconocía, pero que le producía un considerable efecto revitalizante.

Víctor Saltero era un hombre de alrededor de cincuenta años, de estatura media y moreno. Ya asomaban ciertas canas en sus sienes. Poseía una complexión delgada, aunque fuerte. Se podría decir que no era ni guapo ni feo, aunque el elemento más destacado era su mirada que los que lo conocían bien aseguraban que se oscurecía cuando algo le preocupaba o irritaba, pero que por lo general permanecía clara irradiando optimismo y curiosidad. Sus éxitos profesionales, con el despacho de abogados que había montado al terminar sus estudios de Derecho, le habían permitido retirarse y dedicarse, como solía decir Irene “sin prisa pero sin pausa”, al noble arte de la literatura. Había publicado varios libros de éxito, aunque entre todos ellos “Desde la Ventana” era su favorito. Le proporcionaban ingresos que eran completados con los provenientes de algunas hábiles inversiones inmobiliarias, que le aportaban una renta suficiente como para vivir con holgura. Desde que se retiró del

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

ejercicio profesional habitaba en Sevilla, su ciudad natal, en el cuarto piso del número 52 de la calle Betis, en un amplio ático y, junto a Hur su mayordomo, paladeaba la vida con sosiego. Sosiego que, de vez en vez, se veía interrumpido por alguna aventura o misterio que parecía tener una especie de facilidad para atraer sobre sí. Algunos de estos sucesos, posteriormente, los acostumbraba a escribir en tercera persona convirtiéndolos en novelas de éxito. Ahora, precisamente, estaba trabajando en los intrincados asesinatos que resolvió hacia algún tiempo, sucedidos en el AVE Madrid-Sevilla de las veinte horas, y de los que toda la prensa del país se había hecho eco con profusión.

Víctor se acercó a la ventana y desde allí pudo contemplar el Guadalquivir a sus pies, donde se deslizaban por sus luminosas aguas algunas piraguas. Al fondo, recortado contra el cielo, se veía el alminar de la mezquita construida a finales del siglo XII -aunque destruida posteriormente durante el XV para edificar la actual catedral gótica-: la universal Giralda. A la derecha, la torre del Oro reflejaba el sol de la mañana en sus viejas piedras, y la fachada de la plaza de toros de la Maestranza terminaba de completar el cuadro.

No podía ser un paisaje más sevillano.

Mientras oía cómo Hur le preparaba el baño, que sin error alguno estaría a treinta y ocho grados centígrados, pensó en lo afortunado que era al poder disfrutar de un día tan hermoso.

Cuando comenzó a escuchar los primeros compases de la Pastoral del genial Beethoven —Hur siempre sabía seleccionar la pieza más adecuada a cada momento—, supo que había llegado el instante de pasar a su relajante baño mañanero. Una buena forma de empezar el día.

Mientras el mayordomo oía al fondo la música de Beethoven, comenzó a preparar el desayuno de su jefe.

Jacinto Hurtado —para todos Hur— presumía de conocer mejor que nadie en esta tierra a Víctor Saltero. Desde que éste hizo fortuna, aproximadamente quince años atrás, le había acompañado continuamente. Lo conoció en aquella época en que aún peleaba en los tribunales, y pasaba muchas noches sin dormir estudiando los casos que llegaban a su despacho. Su jefe era un hombre afortunado, y Hur tenía la sensación de compartir parte de dicha fortuna. Se consideraba un privilegiado por poder trabajar en lo que siempre había deseado. Desde que de joven leyó a Wodehouse, su aspiración no había sido otra que emular a Jeeves. Era de los convencidos de que no importa la profesión que escojas en la vida, a ser posible la que más te guste —como era su caso—, pero lo definitivo es procurar ser muy bueno en ella, y él estaba convencido de serlo. Con Víctor había encontrado su jefe ideal: educado, culto, tolerante y soltero empedernido, situación que le permitía dirigir la casa

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

sin las peligrosas intromisiones de una esposa. Disfrutaba de una vida tranquila aunque no exenta de emociones puntuales que solía compartir con aquél, dentro del natural respeto que el oficio de cada uno indicaba como adecuado.

Poco más tarde Víctor comenzó a dar cuenta del desayuno, consistente en zumo de naranja, tostadas con aceite de oliva, para terminar con una taza de buen café mientras leía con displicencia la prensa diaria. Lo tomaba en el salón, en la mesita que se encontraba junto a la amplia terraza, pues desde allí podía observar la luz de las mañanas de Sevilla.

Mientras tanto, Hurtado permanecía discretamente atento a cualquier aviso de su señor ocupándose de los quehaceres habituales de la casa. Tenía cuarenta y ocho años, y era algo más alto y grueso que Saltero. Su cabeza se adornaba con una frente amplia, un pelo cano y un perfil ligeramente aguileño; todo ello componía unas facciones razonablemente armoniosas y una pulcra figura en su conjunto. Habitualmente vestía librea, llevándola con la misma dignidad que un general su uniforme. Era aficionado a la lectura y acostumbraba a volver cada año, durante su periodo de vacaciones, a Ronda, su malagueño pueblo natal.

Cuando sintió, más que vio, que Saltero había terminado de desayunar se acercó al salón y, tosiendo ligeramente, llamó la atención de éste:

— ¿Qué desea, Hur? —preguntó Víctor, levantando la vista del artículo de Carlos Herrera que estaba leyendo en el ABC.

—Señor, si usted me puede dedicar unos minutos, me gustaría trasladarle una inquietud.

Saltero cerró el periódico que tenía sobre la mesa y, volviéndose sobre la silla, animó a su criado a continuar:

—Por supuesto, adelante.

—Vera, señor, no sé si habrá tenido ocasión de observar en la lectura de los periódicos el caso de las dos mujeres desaparecidas en Barcelona.

—Sí, efectivamente. Lo he leído.

—Pues bien, se da la coincidencia de que una de ellas, la de más edad, es prima de la mujer de mi hermano.

Saltero miró con asombro a su criado, realizando un gesto de lamentación comprensiva:

— ¡Vaya por Dios, hombre! ¿Y cómo no me lo había dicho antes si eso ocurrió hace una semana según la prensa?

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

—Efectivamente, señor. Pero en un principio se creyó que las encontrarían rápidamente. Pero, tras siete días sin la más mínima noticia, los familiares están enormemente alarmados.

— ¿Les ha comunicado algo la Policía?

—En absoluto, señor. Tenemos la impresión de que no saben por dónde comenzar a buscar y nos estamos temiendo lo peor.

De nuevo se hizo un silencio, aunque esta vez reflexivo. El mayordomo miraba a su señor intentando adivinar sus pensamientos.

— ¿Tienen ustedes alguna idea de lo que ha podido suceder?

—No, señor. De la otra chica no sabemos gran cosa, pero de la prima de la mujer de mi hermano, que se llama Marta, le puedo asegurar que era una mujer felizmente casada, con dos hijos y que, desde luego, nunca hizo mal a nadie. Es impensable que sin mayor motivo falte de su casa una sola noche sin que su marido lo sepa. Sus padres emigraron a Barcelona por los años setenta, y parece ser que está perfectamente adaptada a Cataluña.

Víctor se quedó mirando a su mayordomo al rostro, pero sin verlo. Su mirada parecía indicar que sus pensamientos estaban en otro sitio pero, en realidad, simplemente reflexionaba.

Tras un tiempo indeterminado se volvió a dirigir a su criado:

— ¿Qué podemos hacer?

Al mayordomo se le animó suavemente el semblante —lo que tratándose de Hur suponía todo un alarde de expresión—, pues parecía que habían llegado al punto que pretendía.

—Señor, ¿sería muy atrevido por mi parte pedirle que se ocupara del caso?

Saltero desvió la mirada durante unos instantes perdiéndola en el azul claro del cielo sevillano. El silencio permitía oír el tictac del reloj barroco que adornaba sobre el aparador y, como un rumor lejano, subía el ruido del tráfico de la calle Betis. Hurtado permanecía quieto, sin querer interrumpir los pensamientos de su jefe.

Pasó una eternidad hasta que éste, sin mirar a Hur, musitó:

—Tenemos trabajo…

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Cuatro

Jaume Zapata se sentía satisfecho. Todo había salido exactamente como lo había previsto.

Desde hacía tiempo venía planificando esta operación. Ahora, sentado ante la mesa de control desde la que dominaba, a través de los monitores, cada rincón de las estancias donde estaban las secuestradas, una sensación de euforia contenida impregnó cada célula de su cuerpo.

Como siempre, había colocado a su izquierda, en un pequeño jarrón, la rosa roja que todos los días compraba en la floristería de la avenida del Hospital Militar. La miró y pensó: “¡Qué hermosa!”. Después buscó ávido la imagen de las chicas que con precisión le llegaba por las pantallas. Se extasió con sus pequeños gestos. Utilizaba el zoom de las ocultas cámaras para poder observar cualquier detalle. Eran bellísimas. No, no estaba enamorado, simplemente se sentía propietario de sus bellezas. Para Jaume Zapata eso suponía el verdadero romanticismo. “Se viven unos malos tiempos” –reflexionó- “donde la gente confunde lo hermoso con lo zafio y vulgar”. Sabía que nadie era capaz de apreciar y valorar la belleza como él: una flor, un paisaje o una mujer. Pero lo bello para él no era algo divisible y, menos aún compartible. Ni siquiera es propiedad del que lo posee, lo es del que lo aprecia. Una puesta de sol pertenece, exclusivamente, al que sabe disfrutarla. Igual una música, un poema, una pintura o un cuerpo. Lo hermoso es arte; es todo aquello que siendo perfecto transmite emoción. “No” -siguió pensando-, “no me gusta el tiempo que me ha tocado vivir. Un tiempo demasiado rápido y grosero como para que nadie fuese capaz de apreciar la hermosura. Pero él sí”.

Desde que conoció a Marta y Ana María, prácticamente al mismo tiempo cuando comenzó a trabajar en el instituto Vall d’Hebron hacía ahora cuatro años, sintió que le pertenecían. Marta, profesora también como él, ya era una hermosa mujer entonces. Pero con Ana María pudo contemplar el tránsito de una bella adolescente al proyecto de perfecta virgen adulta que representaba en la actualidad.

A la primera la pudo observar incluso embarazada. Aun en ese momento era una obra de arte, que él intuía por lo que pudo ver en casa de ella las veces que estuvo allí que su marido contemplaba con indiferencia. Le pareció demasiado estúpido como para apreciar lo que tenía en casa.

A veces se había preguntado si lo que sentía por las dos mujeres era amor.

“Pero no, no las amo” -volvió a pensar-. “Ése es un sentimiento visceral,

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

egoísta y estéril. Sólo quiero atrapar sus bellezas, pues no existe un espectador más digno de ellas”.

Con paciencia había ido construyendo en su pequeña casa de campo, y a diez metros de profundidad, las habitaciones subterráneas donde poderlas guardar. Unos zulos de lujo. En ellos había instalado dos pequeños apartamentos idénticos y simétricos, separados entre sí por una citara aislada acústicamente, diseñados para cada una de las chicas que deberían habitarlos. Recordaba con orgullo el esfuerzo que había significado esa construcción, complementada con la sala de control donde ahora se encontraba, por encima del nivel de las habitaciones de ellas, desde donde podía ver cada gesto y cada expresión por medio de las micro cámaras ocultas que le llevaban las deseadas imágenes. Realmente, aunque la obra duró más de dos años, lo que le supuso mayor esfuerzo al principio fue ocultarla a la vista de los curiosos; las acacias y zarzamoras que crecían en su terreno le ayudaron a camuflar su labor.

Se sentía orgulloso de la imaginación derrochada en la decoración. Ésta no podía desentonar con las preciadas huéspedes que iban a ocupar aquel espacio. Tenía que conseguir que se sintieran cómodas y que, sobre todo, terminaran aceptando que había construido aquello para ellas, exclusivamente para ellas. Cada detalle, la ropa, los jabones de baño, los libros, la comida, lo había hecho a la medida de sus bellezas y gustos. Le llevó varios años, y mucha observación, el conocerlos en profundidad. Pero lo había conseguido y ahora había llegado el gran día. Sólo quedaba disfrutar.

Sabía que ni sus amigos, ni sus compañeros de trabajo, ni nadie de los que le conocían serían capaces de intuir que él podría haber realizado algo de esa dimensión y sin ayudas. Pero así había sido. Se sonrió pensándolo. Era una obra maestra que, ahora entre la arboleda y los matorrales que dejó crecer, había quedado camuflada por la propia naturaleza. Era una pena no poderlo mostrar a nadie.

Diariamente, por un torno que conectaba las habitaciones de las chicas con su sala de mandos, a manera de un pequeño ascensor, les procuraba comida, les cambiaba ropa y cualquier cosa que pudiesen necesitar. Pero nunca hablaba con ellas. De vez en vez les dejaba algunas notas, mecanografiadas a ordenador, con las instrucciones precisas.

Sí, estaba exultante. Había merecido la pena el esfuerzo de tantos meses. Ellas estaban allí.

También su satisfacción era ahora más completa puesto que, esa misma mañana, la Policía le había interrogado sobre el caso, como a otros profesores y alumnos que las conocían, pero intuía que sólo era una actuación rutinaria y estaba convencido de haber salido totalmente airoso. Se había comportado con

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

absoluta naturalidad durante los apenas quince minutos que duró su presencia en comisaría. No parecían muy interesados en él. Dedujo que estaban cubriendo el expediente. Esto le tranquilizó. Era el momento de recoger el fruto de lo sembrado.

Durante un rato, como hacía cada tarde desde que las trajo, se dedicó a contemplarlas. Era curioso observar cómo ambas actuaban de forma muy similar. Tras el desconcierto inicial habían comenzado a establecer rutinas que las mantuviesen entretenidas. Ya previó que, al principio, seguirían con atención las noticias que sobre ellas diesen los informativos de televisión. Era lógico que fuese así, aunque también intuía que poco a poco los medios de comunicación dejarían de prestar atención a la desaparición de las dos mujeres, sumergida la noticia por otras nuevas que se irían produciendo. La gente olvida rápido.

Las perspectivas le atraían. Tenía todo el tiempo del mundo por delante para disfrutar la espléndida hermosura de Marta y la frágil belleza de Ana María. Se sentía pleno, feliz.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Cinco

Como todos los días Ana María se levantó, y como todos los días encontró el desayuno impecablemente situado en el torno del salón. También como siempre, y aún con el pijama puesto, encendió la televisión para ver las noticias de primera hora de la mañana. No tuvo que esperar mucho para que hicieran referencia a su desaparición y a la de Marta, su profesora, la cual, por lo que decían en televisión, se había producido la misma tarde que la de ella, pero unas horas antes. No era capaz de entender esta coincidencia y si ello tenía alguna explicación lógica.

Le estaba comenzando a preocupar también el hecho de que, según pasaban los días, fuesen hablando menos de su secuestro y, sobre todo, que la Policía —decían los telediarios— no pareciese tener ninguna pista. Más bien manejaban la tesis, insinuaban los periodistas, de que estuviesen muertas.

¡Y ella, al menos, no lo estaba!

Como cada mañana, cuando se levantaba se hizo el firme propósito de no desanimarse y realizar la rutina que se había impuesto: primero ejercicios físicos aprovechando el programa de aeróbic que emitían por uno de los canales de televisión durante media hora. Después se aseaba, cosa que le ocupaba tres cuartos de hora, y se acostumbró a vestir como si fuese a salir. Más tarde pasaba a leer en el salón. Últimamente se había enfrascado en la lectura de un libro de Arturo Pérez-Reverte que trataba sobre la batalla de Trafalgar. Lo estaba disfrutando y acortaba el paso de las horas. Hacía volar su imaginación y se veía a sí misma allá, entre las olas del mar de Cádiz, en la cubierta del buque con los rudos marineros luchando contra los ingleses. Procuraba que su imaginación la trasladara a sitios reales o imaginarios, pero que consiguiera sacarle de entre aquellas paredes.

Sobre las dos de la tarde —la televisión conseguía que no perdiese la noción del tiempo—, comía los alimentos que, como siempre en vasos y platos desechables, le llegaban por el torno. Se hablaba a sí misma para romper el absoluto silencio que la envolvía. Muchas veces se convertía en contertulia: se preguntaba y respondía en alta voz.

Pero no podía evitar que las tardes se le hicieran eternas hasta llegar el momento de dormir, cuando, tras una ligera cena, las luces que salían del techo misteriosamente se apagaban.

Esta rutina le ayudaba a vivir, y en la cama tumbada repasaba una y otra vez los rostros de las personas que había conocido durante toda su vida. Los

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

acariciaba con su pensamiento y les hablaba, diciéndoles muchas cosas que antes nunca se había atrevido.

Pero después siempre volvía a lo que la obsesionaba: ¿cómo era posible que no la encontraran? ¿Por qué la habían secuestrado a ella y, por lo que decía la televisión, también a la señorita Marta, su maestra de Literatura? ¿Estaría muerta como se insinuaba, o la tendrían escondida en otro lugar como a ella? ¿Por qué Zapata, su profesor, la había llevado allí? ¿Era él quien la cuidaba o eran otras personas? ¿Qué querían en realidad?

Le desesperaba no encontrar ninguna respuesta. Procuraba, antes de dormir, evitar estos pensamientos obsesivos intentando llevar a su mente imágenes agradables.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Seis

— ¿Desde cuándo no nos veíamos, abogado?

El inspector Quintero estaba sentado en el sillón tras la mesa de su despacho frente a Saltero, el cual había entrado momentos antes en su oficina, arreglado impecablemente como de costumbre y mirando irónico el desorden reinante en la habitación.

Quintero había ido ascendiendo en los últimos treinta años en el cuerpo de Policía hasta llegar a inspector. Entre otras muchas particularidades tenía la referente a su nombre: todo el mundo, incluso sus amigos más íntimos, le llamaban exclusivamente por su apellido —las malas lenguas decían que hasta su mujer desconocía su nombre—. Era más ancho que alto, con una pronunciada calvicie y unas gafas que le daban un cierto aire de intelectualidad; impresión que desaparecía inmediatamente cuando se le oía hablar. A pesar de ello, cuando se reunía con Saltero procuraba limitar su amplio catálogo de sonoros tacos para intentar estar a la altura de las circunstancias. Era más constante que inteligente —según la apreciación de los que le querían—, siendo a esa cualidad a la que, probablemente, debía su ascenso en el escalafón. Ambos hombres se conocían desde la época en que Víctor trabajaba en los casos penales que llegaban a su despacho profesional. Habían coincidido múltiples veces, uno como letrado y el otro como policía.

— ¿Desde cuándo no nos veíamos, abogado? —repitió Quintero como preguntándoselo a sí mismo más que a su interlocutor—. Me parece que fue con motivo de lo del AVE…

Víctor hizo un gesto afirmativo con la cabeza y contestó sonriendo con socarronería:

—Por lo que nos cuestas a los contribuyentes podías tener una oficina en mejores condiciones.

El inspector miró al amigo dando la impresión de que se contenía para no soltar un exabrupto.

—Cualquiera que te oyese pensaría que tú eres el único que paga impuestos en este país; y, en cualquier caso, el Cuerpo tiene tan pocos fondos que ni siquiera se pueden permitir pagarme una secretaria que ponga un poco de orden por aquí. Podrías prestarme —continuó— a tu mayordomo un par de días… Pero, bueno, ¿no habrás venido a criticar como tengo mi despacho?

Saltero hizo un gesto tranquilizador al amigo:

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

—No hombre, no —dijo—. He venido a pedirte un favor.

—Pues podías ser algo más amable. ¿De qué se trata?

—Es sobre el asunto de las dos mujeres desaparecidas en Barcelona. ¿Te has enterado del caso?

—Sí, claro, por la prensa —respondió el inspector—. ¿Pero qué interés tiene para ti?

—Una de ellas, la mayor, es pariente de Hur.

— ¡Ah, tu mayordomo gorrón! —respondió irónicamente el policía—. No tiene pinta de tener parientes…

Víctor se le quedó mirando y fue a contestar, interrumpiéndose cuando vio a su amigo levantarse. El inspector cerró la puerta del despacho, que daba a un pasillo por donde no paraban de transitar funcionarios. Acto seguido volvió a su sillón.

— ¿Conoces a alguien en Barcelona que nos pueda echar una mano? —preguntó Saltero.

Quintero reflexionó durante unos instantes.

—Sí —contestó—. Coincidió conmigo durante tres años Juan Toldrá, cuando ambos éramos subinspectores en Madrid. Ahora está con los Mossosd'Esquadra como inspector.

—Excelente —respondió Víctor Saltero —.Pues necesito que hables con él para que nos ayude. ¿Le puedes llamar ahora?

—Joder, abogado, siempre con prisas.

A pesar de la queja el policía buscó en una gruesa y manoseada agenda que sacó del cajón derecho de su escritorio. Después comenzó a marcar un número de teléfono. Colocó el aparato en posición de manos libres, de forma que el abogado pudiera oír perfectamente cuando respondieran al otro lado del hilo.

—Digui, comisaría de los Mossos d'Esquadra.

—Oiga, quiero hablar con Juan Toldrá

— ¿De parte de quién? —respondió la voz.

—Del inspector Quintero.

— ¿Se refiere al inspector Joan Toldrá?

—Sí, claro.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea que el policía aprovechó para hacer un gesto de impaciencia al abogado, mientras exclamaba en voz baja:

—Joder con estos catalanes. Podían hablar en cristiano…

Víctor sonreía cuando se oyó una educada voz al otro lado:

— ¿Quintero, cómo estás?

—Hombre, Juan, ¿cómo te va por ahí, por tu tierra? —Quintero sonreía como si el otro pudiese verlo—. ¿Cómo tengo que llamarte: Joan o Juan?

—Como quieras —la voz parecía sonreír—. Te diga lo que te diga vas a hacer lo que te dé la gana…

El inspector sevillano soltó una sonora carcajada y se relajó.

—Está bien. No vamos a convertir esto en un problema entre autonomías —y continuó—. ¿Cómo está tu familia?

—Muy bien. ¿Y tu mujer y los niños? —dijo la voz con claro acento catalán.

—También bien, pero tan coñazos como siempre.

—Por cierto —dijo la voz al otro lado del hilo telefónico—, leí en la prensa tu éxito con los asesinatos del AVE. ¿Te darían al menos una medalla?

Quintero echó una mirada furtiva a Víctor Saltero, que sonreía serenamente oyendo la conversación entre los dos inspectores.

—Bueno —respondió—, tuve algo de suerte y de ayuda. En fin, ya sabes cómo son estas cosas. En cualquier caso ni me dieron medalla y menos aumento de sueldo, que es lo que realmente me hubiese venido bien.

La voz al otro lado del teléfono reía cuando Quintero continuó:

—Juan, necesito pedirte un favor. Es sobre el caso de esas dos chicas desaparecidas en Barcelona. La profesora y la alumna del mismo instituto de las que los periódicos hablan.

— ¿Qué deseas saber? Precisamente llevo ese tema.

Saltero, que seguía atentamente la conversación, realizó un ligero gesto de asentimiento con mirada cómplice a Quintero. Éste exclamo:

— ¡Hombre, fantástico! ¿Qué sabes al respecto?

El policía catalán le contó las entrevistas que habían tenido con los familiares, y cómo estaban peinando todo el barrio de Montbau en busca de

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

rastros de las desaparecidas. Le explicó que una de ellas, Marta, trabajaba como profesora en el instituto Vall d'Hebron y la otra, la más joven, era alumna de aquélla. Entendían que eran personas normales de clase media y manejaban la teoría de que hubiesen sido asesinadas, ya que nadie había solicitado un rescate por ninguna de las dos. Estaban con dificultades por la consabida presión de los medios de comunicación. Le explicó que, por lo que sabían, la última vez que vieron a Marta fue sobre las seis de la tarde. Había ido a impartir unas clases particulares que daba regularmente en la calle Juan de Mena y, tras terminar, dijo que se dirigía hacia su casa situada relativamente cerca, en la calle de Berruguete. Este itinerario lo recorría todas las tardes tras las clases particulares, y en ese trayecto no debería haber tardado más de quince minutos andando. La otra, la más joven, había estado estudiando con una compañera en la calle Travi y, sobre las ocho de la tarde, comentó que volvía a casa. En fin, ni la una ni la otra llegó a su domicilio.

Víctor Saltero y Quintero oían atentamente al inspector catalán. El abogado permanecía en absoluto silencio para que su presencia no fuera percibida por el inspector Toldrá.

El policía sevillano preguntó:

— ¿A qué hora os constan las denuncias de desaparición?

—Entre las once y las doce de la noche de ese mismo día. De forma independiente, denunciaron el marido de la mayor y los padres de la más joven.

— ¿Tú entiendes —preguntó Quintero— que ambos casos están relacionados?

—No lo sé. Es posible que sí o que no. Me temo que hasta que consigamos avanzar más en la investigación no tendremos la respuesta. Aunque, en principio, parece mucha casualidad que en el mismo barrio, y con tan poco tiempo de diferencia, se hayan producido dos desapariciones y, para colmo, de dos mujeres que estaban en el mismo instituto, sin que estén relacionadas.

— ¿Qué piensas de este asunto? —y sin esperar respuesta de su compañero Quintero mismo se respondió—. Por lo que me cuentas, yo tengo la impresión de que han tenido que ser uno o varios tíos que, tras cepillárselas, se las han cargado. Según las fotografías de la prensa las dos estaban muy buenas. Pero en fin —continuó—, tendréis que encontrar sus cuerpos.

—Eso mismo es lo que pensamos; como es lógico, estamos también comprobando si por esas fechas han soltado algún individuo de la cárcel al terminar su condena, o con permiso carcelario de esos que se dan con tanta alegría, que tenga antecedentes por delitos sexuales. Pero hasta ahora no

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

hemos encontrado nada —hizo una pausa el inspector catalán y preguntó—. Por cierto, ¿qué interés tienes tú en este tema?

Quintero dudó un instante antes de responder mirando significativamente a Víctor Saltero, que seguía en silencio sentado frente a él.

—Es un compromiso ineludible... ¿Me podrás mantener informado?

—Sí hombre, cómo no.

—Bueno, Joan, gracias —se despidió Quintero riendo—. Voy a comenzar a aprender catalán por si puedo pedir destino ahí, en tu tierra, con los Mossos d'Esquadra, ya sé que vuestros sueldos son más altos que los nuestros.

Se oyó una voz que volvía a reír al otro lado del teléfono:

—Tienes un catalán estupendo. Pensaremos en hacerte un hueco por aquí. Adiós.

Cuando el inspector colgó el teléfono Víctor y el policía se miraron.

—Bueno, pues ya conoces todo lo que saben. Me parece que es un caso claro de delito sexual.

—No sé —dudó Saltero—. Habrá que pensar al respecto.

Durante un rato ambos amigos charlaron, marchándose Víctor cuando llamaron a la puerta solicitando al inspector para algún tema urgente.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Siete

Había sido un día brillante de marzo. La noche se había echado y aun así no hacía frío alguno en la terraza del ático de Saltero. No había aire en movimiento. Hasta él llegaban las voces familiares de los que abajo, en la calle, compartían cervezas y tapas, confundiéndose con el sonido del claxon de algún automovilista impaciente. En el otro margen del río se veían las luces de las casas, así como la Giralda y la torre del Oro iluminadas. Formaban un conjunto que parecía extraído de una fotografía mural por lo espectacular y lo inmóvil. Los rojos pilotos de los coches que transitaban por la otra orilla —por el paseo de Colon—, asemejaban un torrente de sangre corriendo por las venas de la ciudad.

Desde la amplia terraza, Víctor esparcía la mirada por la noche sevillana mientras su mente repasaba los acontecimientos de los últimos días. En ese instante entró Hur.

— ¿El señor desea que le prepare algo antes de retirarme?

Saltero se volvió a mirar al mayordomo. Éste permanecía de pie en el umbral de la puerta que comunicaba el salón con la terraza.

—Hur, ¿por qué no se sienta usted conmigo y comentamos el caso que nos trae?

El aludido respondió con la respetuosa serenidad y firmeza que le daban tantos años de servicio.

—El señor es muy amable, pero preferiría permanecer en pie.

—Como usted quiera —aceptó Saltero resignado, conociendo lo puntilloso que el mayordomo era con respecto a los formalismos. Y continuó—. Este asunto, Hur, es endiabladamente difícil. Probablemente uno de los más complicados que hayamos vivido nunca.

Se arrellanó en su asiento y siguió dirigiéndose al criado que le escuchaba atentamente:

—Para empezar —siguió Víctor—, no sabemos si están vivas o muertas.

Al decir esto miró al criado para observar el efecto que estas palabras le producían. Cuando vio el inalterable sosiego que su mirada reflejaba, continuó:

—Siento ser tan crudo, pero usted sabe que la realidad lo es generalmente

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

—y sentenció—. En estos casos, más.

—Lo comprendo, señor, y además le agradezco que comparta conmigo sus reflexiones.

—Así es, Hur. Llevo horas pensando sobre este lamentable suceso y no consigo encontrarle la más mínima lógica. Verá, lo más razonable es concluir que haya sido un delito de carácter sexual, como indican los medios de comunicación. Que algún loco, o algunos desquiciados, raptaran a las dos mujeres para violarlas y tras ello hicieran desaparecer los cuerpos para evitar que se convirtieran en instrumentos de su culpabilidad. Ésta es la tesis que parece manejar la Policía. Pero puede que exista una nota falsa en esta teoría; me parece que faltan instrumentos en la orquesta. Estos lamentables hechos acostumbran a suceder como producto de la acción de algún desquiciado paranoico, o de un grupo de salvajes cargados de drogas. Pero en este caso, por las diferentes horas en que se produjeron las desapariciones y por el lugar, unas calles normalmente transitadas en el barrio de Montbau de Barcelona, me inclino a pensar que no reúne las características habituales de los asesinatos de origen sexual. Hur —continuó—, me da vueltas en la cabeza el significado que puedan tener esas dos horas de diferencia en la desaparición de las chicas. De hecho, me plantea nuevas interrogantes: ¿son dos actos independientes o están conectados entre sí? ¿Han sido una o varias las personas que han intervenido en este asunto?

Víctor se levantó del asiento y se acercó a la barandilla de la terraza. Inclinándose, apoyó los codos en ella y permaneció en silencio durante unos momentos. Después, desde allí, se volvió para mirar al mayordomo. Aun en la luz de la noche se podía leer la concentración reflexiva en los ojos de Saltero cuando siguió dirigiéndose a Hur, que permanecía en respetuoso y atento silencio:

— ¿Usted sabe algo que pudiese ayudarnos a desentrañar este caso?

—Señor, creo que no.

— ¿Sabe si la pariente de la mujer de su hermano, Marta, tenía problemas de algún tipo: económicos, psicológicos o con su marido?

—Señor, dentro de mis conocimientos, podría afirmar que ninguno de esos supuestos son de aplicación. Según mi información conforman una familia bien avenida y los emolumentos que percibe el matrimonio les permite vivir con dignidad.

—Bien Hur, suponía que ésa era la respuesta. He de confesar que este asunto me tiene altamente confundido, porque, en realidad y hasta ahora, no tenemos información alguna. Sólo sabemos que dos mujeres, aparentemente

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

normales, iguales a cualquier otra de las que pasean por la ciudad han desaparecido de golpe sin dejar rastro alguno… Habrá que seguir reflexionando.

El mayordomo interpretó que era el final de la conversación.

—Muy bien, señor, ¿desea alguna cosa más?

—No, nada.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Hur.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Ocho

Marta miró la imagen que de ella devolvía el espejo del tocador. Se vio demacrada. Angustiada volvió hacia el dormitorio a tumbarse sobre la cama.

Notó que estaba perdiendo la noción del tiempo y que había ido desapareciendo el interés por seguir los telediarios, pues ya hacía algunos días que habían dejado de ocuparse de ella. ¿Sería posible que la hubiesen olvidado? ¿O tal vez la habrían dado por muerta definitivamente? Este pensamiento martilleaba su cerebro cada vez con más fuerza.

Durante las primeras semanas había conseguido mantener la rutina de unas actividades diarias que llenaban su tiempo. Pero, a estas alturas, había perdido todo interés. Prácticamente no se cambiaba de ropa en todo el día, y no encontraba ánimos para realizar ninguna actividad. Se sentía sola, abandonada. Tenía la percepción de que el mundo la había olvidado. ¿También su familia? No, eso no era posible; pero sí que se hubiese resignado a considerarla muerta como, al parecer, podría estarlo su alumna Ana María según la policía. Aunque decían lo mismo de su caso. ¡Y ELLA NO ESTABA MUERTA...! ¿O sí…? ¿Sería esto la muerte: silencio, soledad y ausencia de esperanzas?

La comida, e incluso la ropa limpia y perfectamente planchada, la seguía recibiendo regularmente por el torno, pero la falta de alguna voz humana que la confortara, y la percepción de un tiempo inacabable, simplemente, le estaban robando el deseo de vivir. ¿Volvería a ver a su marido e hijos?

Recordaba que durante los primeros días mantenía la convicción de que la policía la terminaría encontrando. Imaginaba el sufrimiento de sus familiares y, hasta ahora, había supuesto un aliento para su espíritu el pensamiento de que, antes o después, la rescatarían. Pero, como una vela que se consume, esa esperanza había ido menguando según avanzaban las semanas y los medios de comunicación se olvidaban de ella. El único hilo que la unía al exterior era ese torno por donde recibía comida y ropa, incluso, de vez en cuando, instrucciones escritas. Íntimamente mantuvo la ilusión de que quien estuviese al otro lado de aquel torno, fuese quien fuese, terminara por comunicarse con ella. ¿Sería Zapata? Cualquier contacto, al menos, supondría una forma de tener relación con otro ser humano y quizá le ayudase a encontrar alguna explicación a lo que le estaba sucediendo. Pero tras tanto tiempo, hasta esa esperanza había desaparecido. Por momentos pensaba que sería preferible que se manifestasen de alguna forma, aunque fuese para hacerle daño. Al menos algo cambiaría y dadas las circunstancias, cualquier cambio era bueno… Pero siempre, tras ese pensamiento, se sentía asustada.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

— ¿Es esto la locura? —pensaba en voz alta.

Le producía inmensa angustia el observar que durante muchos momentos no conseguía recordar el rostro de sus hijos; cuando sucedía, intentaba escarbar en su memoria y no podía descansar hasta encontrarlos. Sabía que si algún día desaparecían totalmente de su recuerdo, entonces, estaría acabada.

Su mente comenzó a acariciar la idea de dejarse morir.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Nueve

Hacía días que estaba observando que sus huéspedes se comenzaban a marchitar. Como una flor que se vuelve mustia se descuidaban. Parecía que la tristeza las invadía y no entendía por qué. Tenían todo lo que necesitaban: paz, seguridad, comodidad, alimentos, ropa, lectura… En fin, todo lo que sabía que a ellas les gustaba él se esmeraba en conseguirlo. Pero a pesar de ello no estaban bien. ¿Cómo era posible que no siguieran cuidando sus bellezas? No podían dejarlas morir. No les pertenecían. Es como si él descuidase la hermosa vulnerabilidad de su rosa. Era impensable. Especialmente Marta se estaba abandonando. ¡No había derecho a ello! ¿Cómo encontrándose en un lugar perfecto, que durante años había diseñado y construido para ellas, tomaban esa actitud?

Había calculado que cuando supiesen por la televisión que habían dejado de buscarlas, cosa que ya había sucedido, se entregarían a sí mismas como única forma de vivir, y a partir de entonces se convertirían en los más bellos objetos de su pertenencia. Eran de él, de su propiedad exclusiva. Así que ni ellas mismas tenían derecho a destruir la belleza con que les había dotado la naturaleza. No les pertenecía. ¿Puede alguien imaginar al sol destruyendo un hermoso amanecer? Pero parecía que su cálculo había sido incorrecto; los seres humanos sí son capaces de atentar contra lo hermoso.

Miró nuevamente a la rosa que tenía en el jarrón, a su izquierda, y se reconfortó con su frescura. Le serenaba el espíritu.

Más tranquilo comenzó a pensar en poner solución a la situación. La flor le transmitía sosiego. En principio intentó analizar qué podría hacer para llevarlas a cambiar de actitud. Una idea le vino a la cabeza: podría unirlas; que se hiciesen compañía mutuamente.

Seguramente el problema era la soledad, agudizándolo el hecho de que no pudiesen hablar con nadie. Por un rato estudió cómo podría hacerlo.

No, no sería difícil.

Encontró la solución: uniría esa noche ambos apartamentos por una puerta que ocultaban las librerías de los salones, de forma que al despertar se encontrasen la una a la otra.

Se sintió razonablemente satisfecho con la solución, comprendiendo que había sido un acierto prever esta posibilidad durante la construcción. Pero, por primera vez desde que las chicas estaban allí, notó que le nacía una punzada

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

de dolor en el corazón ¿Cómo esas mujeres se atrevían a atentar contra lo que le pertenecía exclusivamente a él: sus bellezas?

Diez

Víctor Saltero había llegado a Barcelona a media tarde del día anterior. Hur le había reservado habitación en la suite real Dalí, del hotel Palace, en la Gran Vía de les Corts Catalanes. Su mayordomo sabía que aquello sería de su gusto, y como siempre acertó.

Tras refrescarse confortablemente en los baños romanos de la suite, decidió pasear un rato por la hermosa ciudad mediterránea.

Subió por el paseo de Gracia para ver las casas Amatller y Batlló, terminando en la Pedrera, con la que pudo disfrutar de sus balcones de hierro y fachada de piedra ondulada. Indudablemente Gaudí había subido, con este edificio, a la cumbre del modernismo. Desembocó en la avenida Diagonal para admirar la casa de les Punxes, también de estilo modernista pero con abundante ladrillo.

Tras la relajante visita turística, volvió al hotel Palace con la sensación de haber sustituido su habitual partido de tenis por el paseo que acababa de realizar.

Al volver, se dio una vuelta por el edificio hostelero que, situado en el corazón de Barcelona, mantiene desde principios del siglo pasado, con solemnidad, la más emblemática tradición y estilo.

Cuando regresó a la suite, desde los balcones, contempló la noche barcelonesa. Poco rato después miró la amplia cama de la habitación adornada en azul y crema, que era toda una promesa de un tranquilo reposo en previsión de la dura jornada que tendría al día siguiente.

Antes de dormir decidió cenar en el mismo hotel, en el restaurante Jardín de Diana, donde disfrutó relajadamente de diversos platos catalanes.

La mañana le vio madrugar. A las diez ya se encontraba degustando un copioso desayuno, aunque echó de menos el revitalizante que Hur le solía proporcionar para comenzar el día.

La falta de noticias útiles que sobre las chicas desaparecidas —a través del inspector Quintero— le había proporcionado la Policía catalana durante los dos meses que habían pasado desde los hechos, le había llevado a la decisión de conocer personalmente, y estudiar, la zona por donde las habían visto por última vez con el fin de reunir el máximo de información posible sobre las

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

circunstancias que rodeaban estos misteriosos hechos. Así que se dispuso a hacer el trabajo que le había traído a Barcelona.

En la puerta del mismo hotel tomó un taxi que le condujo al barrio de Montbau, concretamente a la calle Berruguete.

A paso tranquilo comenzó a pasear por las amplias aceras cubiertas de árboles, y se pudo acercar al lugar donde se encontraba la casa en que, por última vez, vieron a Ana María.

Cruzó de acera y procurando fijar todo en su memoria siguió caminando por la calle Ventura Rodríguez. A la izquierda pudo ver un colegio público, más allá una pastelería, un supermercado y una oficina bancaria. Todo parecía normal, cotidiano. La gente transitaba con las prisas habituales de cualquier ciudad. Después dobló a la derecha, por la calle Jorge Manrique, tomando posteriormente hacia la izquierda, por el quiosco de prensa.

Gente tranquila paseaba por sus aceras. No era más que una zona residencial con altos edificios de viviendas, zonas verdes, parques urbanos y pequeños comercios familiares. En definitiva, un barrio normal de personas normales.

Hacía calor. El sol de la primavera avanzada se hacía notar y era de agradecer la sombra que proyectaban los árboles sobre las aceras.

Víctor Saltero recorrió una y otra vez el lugar buscando los itinerarios más cortos entre los posibles trayectos que Ana María pudo tomar de vuelta a casa.

Después, comenzó la misma operación con las calles que Marta, aquel día, hubiese podido recorrer antes de su desaparición.

Tras pasear varias veces por cada uno de los supuestos recorridos, decidió sentarse en un banco del Jardín de Can Brassó. Pensó que era una suerte que el tenis le mantuviese en forma porque al final de la mañana había caminado unos cuantos kilómetros.

Una idea le hizo sacar del bolsillo interior de su chaqueta el pequeño móvil. Rápidamente marcó el número de Quintero.

Era evidente que éste había reconocido quién le llamaba.

— ¿Qué te pasa, abogado?

Víctor, sin apenas saludarle, le pidió que confirmara con su colega, el inspector de Barcelona, las horas, con la mayor precisión posible, en las que las dos chicas fueron vistas por última vez; y, sobre todo, qué tiempo hacía aquella tarde de marzo cuando desaparecieron.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

El policía sevillano presintió que su amigo podía tener alguna novedad sobre el caso y preguntó:

— ¿Existe algo que yo desconozca?

—No sabría por dónde empezar…

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

Saltero esperó sonriendo la explosión que se produciría cuando el otro advirtiera la intención de su respuesta. Tardó unos segundos.

— ¡Maldita sea, abogado…!

— ¡Está bien! —respondió Saltero conciliador—. Era sólo una broma. Olvídalo. Pero es importante la información que te he pedido. ¡No seas tan susceptible, hombre!

Tras refunfuñar, Quintero se comprometió en la gestión y colgó sin despedirse.

No habrían pasado más de diez minutos cuando recibió las respuestas:

—A Marta se la vio por última vez sobre las seis de la tarde, saliendo del piso de la calle Juan de Mena. A la otra, Ana María, sobre las ocho y salió de la calle Travi.

—Excelente —contestó el abogado—. ¿Averiguaste qué tiempo hacía?

—Sí, al parecer caían chuzos de punta. Quiero decir que llovía a mares, abogado, por si no lo has entendido.

Tras reír y darle las gracias, Víctor colgó. Se levantó y decidió repetir por última vez los más lógicos recorridos que habrían realizado las dos chicas desaparecidas.

Serían las dos y media cuando decidió que era hora de reponer fuerzas.

Hur le había reservado mesa en el restaurante Can Travi Nou, y nada más llegar comprobó que, como siempre, había acertado. Era una antigua masía catalana con una fantástica fachada de finales del siglo XVII. Aunque estaba en medio de la ciudad tenía el sabor del campo. Le habilitaron una mesa en el comedor principal de la planta baja, donde diversos comensales disfrutaban de la comida y de la conversación.

Inmediatamente, fue atendido por un eficaz camarero.

Comenzó a recuperar fuerzas cuando le trajeron un pequeño tarro con paté de olivas, mantequilla y anchoas. Tras estudiar la carta se decidió por pedir [illegible] con un arroz con bogavante. Para regarlo,

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

solicitó un tinto gran reserva Real Irache de 1982.

Mientras empezaba a disfrutar de la comida y del amable entorno, su mente se concentró en los datos que poseía de la investigación. Mentalmente fue recopilando la información con que contaba: estaba demostrado que ambas mujeres se habían conocido en el instituto, una como profesora y otra como alumna. Por las fotografías, deducía que ambas eran hermosas, lo cual podía justificar un delito de carácter sexual como mantenía la policía. Pero ¿cómo era posible que tras dos meses de rastreo y búsqueda intensiva no hubiese aparecido el más mínimo indicio que llevase a los cuerpos?

Durante unos minutos intentó concentrarse en la hipótesis del delito sexual. Seguía sin encontrarle lógica, la rechazaba precisamente por las características de las propias desapariciones: habían existido dos horas de diferencia entre una y otra, y ningún psicópata, que hubiese tenido la inteligencia suficiente para no dejar ningún rastro de su acción, volvería a actuar con tan poca distancia en el tiempo y en lugares tan próximos uno de otro. “¡No, mi amigo Quintero y su colega Toldrá están equivocados! La línea de investigación que llevan los Mossos d’Esquadra es errónea. Definitivamente no ha podido ser un ataque de perfil sexual de una o varias personas”, pensó.

Durante unos momentos se aplicó en seguir disfrutando del arroz con bogavante.

Simultáneamente, un atento camarero vistiendo elegante pajarita, le reponía el Real Irache en su copa. Minutos más tarde volvió a concentrarse en el caso: si no ha sido un delito sexual la siguiente hipótesis es que estemos ante un secuestro. Intentó concentrarse sobre esa idea. Dispersó su mirada, a través de las amplias cristaleras, por el acogedor exterior de la masía.

“El caso”, pensó, “es que la realidad negaba la alternativa del secuestro. En eso tienen razón los Mossos d’Esquadra y Quintero. Es evidente que nadie ha pedido un rescate y que, aunque lo hubiese hecho, tratándose de dos familias de clase media, difícilmente hubiesen podido atenderlo. Por lo tanto, es absurdo que alguien se lo plantease”.

¿Podría haber sido una venganza? Sintió que este camino tampoco le conduciría a nada útil. Ninguna de las dos chicas parecía tener nada turbio en su pasado, y menos en el que ambas hubiesen estado implicadas.

Por unos instantes dejó vagar su mente. Al cabo, se sorprendió tarareando el estribillo de una canción del grupo musical Vía Libre: “No sé qué tienes belleza que de tanto mirarte marchitas…”. Distraídamente, lo acompañaba con el golpeo rítmico del tenedor sobre la mesa. Repentinamente se dio cuenta de que lo miraba un matrimonio de extranjeros que comía en la mesa de al lado. Inmediatamente se sonrojó y les dirigió una sonrisa de disculpa.

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Volvió a intentar retomar sus pensamientos anteriores. Procuró concentrarse. ¿Se podría tratar de un secuestro pasional? De ser así, habría que desterrar la hipótesis de varios intervinientes: el amor es un sentimiento posesivo que no se comparte con otras personas. Bien, era una alternativa no manejada hasta ese momento. “A ver”, pensó, “si todo hubiese sucedido de esta forma tendría que haber sido alguien que conociera a ambas mujeres y que, supuestamente, estuviera obsesionado, por la razón que fuese, con las dos. Por lo tanto, si aceptamos esta teoría nos encontraríamos, definitivamente, con que la persona habría sido una: produjo el secuestro de Marta y un par de horas más tarde el de Ana María. Por supuesto, tenía que conocerlas muy bien para conseguir que se subiesen al automóvil confiadas y sin resistencia, pues tendría que haber previsto que no podría usar la violencia en un barrio de esas características, con calles normalmente transitadas. Él no podía conocer previamente que fuese a llover aquel día, produciendo que hubiese menos gente de lo normal por esas calles, lo que le pudo facilitar la tarea.”

Mirando el amplio salón de la masía sintió que los pensamientos comenzaban a correr con fluidez por su cerebro. “Si esto es lo sucedido, tiene que haberlas escondido en un lugar próximo a Barcelona, e incluso próximo al barrio de Montbau. Tendría que haber sido en un radio de acción no superior a media hora, puesto que tuvo que coger a una, dejarla en el sitio que tuviese preparado al efecto y volver a por la otra”.

Se sintió excitado por estas reflexiones. Habría que hacer una investigación a fondo por esta línea. Además, si era correcta la hipótesis pasional, estaría justificado el por qué la policía no conseguía encontrar ninguna pista tras peinar todo el término municipal: estaban buscando cadáveres y no personas vivas.

Distraídamente le volvió a la cabeza el estribillo de Vía Libre mientras terminaba un postre de crema catalana. Tomó una decisión: se reuniría en Sevilla con Quintero para convencerlo de que se desplazara a Barcelona a colaborar con su colega el inspector Joan Toldrá en esta investigación. Tendría que convencerlo no sólo de que viniera a Barcelona, sino de que lo hiciera para seguir esta línea de investigación: que estaban ante dos secuestros relacionados entre ellos, aunque sin motivación económica alguna, y realizados por un solo individuo.

Sonrió para sí mismo imaginando las objeciones que el policía le plantearía.

Se sintió bien degustando los carquiños que le ofrecieron amablemente, acompañados de vino dulce, mientras intuía que estaba comenzando a descubrir lo sucedido.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Once

Esa mañana Ana María, como siempre, se levantó intentando mantener una cierta disciplina horaria. Desganadamente se introdujo en el baño para un ligero aseo.

Cuando salió dudó en hacer unos ejercicios, los que había intentado convertir en uno de sus quehaceres diarios con el objeto de que le llenaran las horas, pero no encontró las fuerzas suficientes. Volvió a la cama. Durante varios minutos clavó sus ojos en el techo con la mirada perdida. Vacía. ¿No habría esperanza para ella? Hizo un esfuerzo para desechar tan negativos pensamientos.

Momentos más tarde se puso a mirar las cortinas que colgaban a su derecha, contando los nudos de hilo que las componían. Su mente se agotaba por no encontrar nuevas imágenes. La abulia le ahogaba toda iniciativa.

Se levantó y, aunque no tenía apetito, decidió acercarse al salón para recoger el desayuno del torno. Con paso cansado traspasó el pequeño pasillo que separaba su dormitorio de la sala y penetró en ella.

No pudo evitar un grito, que le surgió del alma, cuando vio una nueva puerta, que ayer no existía, abierta entre los paneles de la librería.

Echando un vistazo desde donde se encontraba, pudo ver que parecía comunicar con otra habitación similar. El sobresalto fue de tal nivel que cayó sobre el blanco sillón en el que solía leer. Necesitó unos minutos para comenzar a recuperarse; no se decidía a entrar. Intentó adivinar qué significaba esta nueva situación, y agudizó el oído con la esperanza de que algún sonido proveniente de esa fantasmal habitación le diese la pista de lo que hubiese más allá.

Pasó un tiempo y no sucedía nada. Así que, más tranquila, tomó la decisión de traspasar la nueva puerta. Se puso en pie y con precaución se acercó lentamente. Llegó al umbral y otra vez se sobresaltó al comprobar que daba a un habitáculo exactamente igual al salón que había abandonado: la misma televisión apagada, los libros en la librería de la pared, un sillón central y una mesita nacarada. En definitiva, un salón gemelo al suyo. Vio que éste comunicaba también con otra puerta que estaba medio entornada, y con mayor decisión se dirigió a ella. La abrió, pudiendo comprobar que conducía a un pequeño pasillo y que al final había otra habitación más. Parecía que estaba en su propio apartamento, pero con todo invertido.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Se acercó en silencio, descalza, tal como iba, y de pronto se encontró en un dormitorio gemelo al suyo.

Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y aun así no pudo evitar un grito de sorpresa cuando vio un cuerpo sumergido en la cama: una mujer. Ésta reaccionó con estupor al ver aparecer a alguien en su habitación y se agarró con fuerza a las sábanas que la cubrían.

Por un instante ambas se miraron en silencio, con los ojos desencajados, sin entender la situación. Poco a poco la luz fue penetrando en los cerebros de una y otra, e instantes más tarde se reconocieron.

Ana María se dirigió hacia Marta, que se había sentado en la cama, y ambas mujeres se abrazaron llorando.

****

Ana María se levantó a las nueve en punto, la hora que tenía acordada con Marta para, un cuarto de hora después, ponerse ante el televisor durante los cuarenta y cinco minutos que duraba el programa de aeróbic. Lo venían haciendo desde que unas semanas atrás se habían encontrado.

También, como siempre, se dieron los buenos días al coincidir en el salón de Marta. Retiraron el sillón y la mesita nacarada del salón con el fin de tener más espacio para realizar los ejercicios. La profesora vestía un chándal y una camiseta blanca de mangas cortas; Ana María, unos pantaloncitos cortos y ceñidos, y una camiseta rosa de tirantes.

Cuando encendieron la televisión estaba comenzando el programa de aeróbic, y momentos más tarde, entre risas, intentaron imitar miméticamente los movimientos que a ritmo de la música realizaba un grupo de chicas y chicos en la pantalla.

Cuando alguna bajaba el ritmo, conseguía regularmente que la otra se burlara de ella. Así continuaron hasta las diez de la mañana, cuando cayeron agotadas sentadas en el suelo.

Momentos más tarde se encontraban desayunando en el salón de Ana María.

Eran los ratos en que intercambiaban comentarios sobre cualquier tipo de tema, y que se prolongaban a veces hasta última hora de la mañana.

Tras ello, cada una pasaba a su respectivo baño para arreglarse. Solían hacerlo de manera informal, de forma que volvieran a coincidir durante el almuerzo en el salón a las tres en punto, con el objeto de ver el telediario juntas.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Ya hacía tiempo que no hablaban sobre ellas; pero, no obstante, aparentemente no perdían la ilusión de oír algún dato que les indicase que seguían buscándolas.

Cada una intentaba no proyectar sobre la otra la desilusión que le provocaba esta ausencia de noticias. Así que procuraban charlar sobre los eternos problemas que contaban los noticiarios de televisión: las disputas políticas, el último escándalo de corrupción, Oriente Medio, y el caso de la tonadillera de turno, con ojos lacrimógenos por la última frustración amorosa, que no dudaba en exponer al público sus intimidades. Todo ello se convertía en elemento de conversación entre las dos de forma regular e, incluso, les llevaba a opinar y fantasear con lo que ellas harían en el caso de estar en el lugar del último famosillo en problemas.

La tarde se hacía más larga. Procuraban entretenerla con unos juegos de cartas que les había proporcionado, por medio del silencioso torno, su misterioso carcelero. Otras veces tomaban un libro de la biblioteca para leer durante un buen rato en el salón.

Hacía ya días que habían agotado las interrogantes que les producía su propia situación: ¿por qué Zapata las había llevado allí? ¿Qué pretendía? ¿Qué quería de ellas? ¿Estaría solo o con más personas? ¿Quién las atendía?

Ni Ana María ni Marta eran capaces de encontrar la más mínima lógica a lo que les sucedía. Hasta la saciedad habían comentado y elucubrado sobre los eventuales motivos de su rapto, y también ambas habían llegado a la conclusión de que la gente de fuera las estaba considerando muertas, a tenor de las últimas cosas que habían oído en los informativos.

Indudablemente el hecho de estar juntas estaba impidiendo que cualquiera de las dos se derrumbara; no obstante, no podían evitar momentos de profundo desánimo que cada una individualmente procuraba superar, aunque siempre era consolador terminar encontrando el apoyo de la otra.

En eternas conversaciones, Marta había hablado a Ana María de sus hijos y marido. A estas alturas la joven conocía toda la vida y momentos que su profesora había vivido con su marido desde que lo conoció, y las ilusiones y proyectos que tenía para sus hijos según fueran creciendo: cómo serían, dónde estudiarían, qué les gustaría que hicieran…

Ana María oía todo aquello con atención, intentando no manifestar la inquietante pregunta que evidentemente le rondaba en la cabeza: ¿podría Marta llegar a ver realizados esos proyectos algún día?

Se daba cuenta de que la profesora hablaba del futuro como si existiese. Mejor dicho, como si fuese a existir un futuro distinto del que ahora tenían.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Era curioso ver cómo la mente, quizá como una defensa contra la locura, intentaba negar el presente por medio de sueños.

Pero es cierto que eso también le sucedía a ella. Ana María, a su vez, hablaba a Marta de sus padres, hermanos y de las aún cortas experiencias que había tenido con algún chico. Hubo momentos, muchos, en los que la joven dibujó en sus conversaciones su perfil de marido ideal. Con qué tipo de hombre se casaría y con cuál no, cuántos hijos tendría; recordaba haberle comentado, incluso, íntimas peleas que había tenido con sus padres. Estas conversaciones ahora le parecían naturales, pero era consciente de que en cualquier otra circunstancia habrían sido impensables. Varias veces había expresado, cuando la realidad de la situación actual se imponía, su temor a no verse convertida nunca en mujer por medio de la relación plena con un hombre. Pero también su mente creaba sistemas de autodefensa que la llevaban, momentos más tarde, a seguir soñando con un futuro inexistente.

Efectivamente, estos temas de conversación habían ido languideciendo con el paso de los días y, sobre todo, ya no encontraban utilidad en seguir estableciendo hipótesis sobre el porqué de sus secuestros.

Antes de cenar las dos mujeres habían acordado, y así hacían a diario, vestirse como si fuesen a salir. Cada día procuraban sorprender a la otra con el variado vestuario que tenían a su disposición. Ello las llevaba a poder discutir sobre si la combinación de ropa escogida era la idónea y si los zapatos estaban a juego con el vestido escogido. Les daba ocasión de sentirse vivas y hermosas.

Tras ello cenaban, normalmente viendo algún programa de televisión.

Las luces se apagaban regularmente a las veinticuatro horas, quedando exclusivamente las de las mesillas de noche, que naturalmente ellas controlaban. Poco antes, cada cual se iba a su dormitorio y, tras un beso de despedida solían leer un rato en la cama.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Doce

La sevillana plaza del Salvador estaba tan concurrida como siempre. La gente aprovechaba el final de la primavera, cuando los días comenzaban a ser calurosos, para ir de tapas a esta hora del mediodía por los numerosos bares y tascas que pueblan la zona. La hermosa iglesia, que da nombre a la plaza, proseguía con sus eternas restauraciones entre andamios y polvo de cemento.

—Pues esto es lo que hay —concluyó el inspector.

Quintero y Víctor disfrutaban de unas Cruzcampos, servidas en vaso frío, sentados alrededor de un pequeño velador. Habían pedido unas tapas de calamares fritos y unas coquinas de Huelva, que degustaban mientras contemplaban el animado ambiente primaveral.

—Pues esto es lo que hay —volvió a insistir el policía, que llevaba un buen rato intentando convencer al abogado de que la línea de investigación seguida por los Mossos d'Esquadra era la correcta—. Esas dos son ya fiambres —continuó en un alarde de delicadeza—, y cualquier otra teoría nace exclusivamente de tu imaginación. Sólo es cuestión de tiempo que las encuentren.

Saltero no se dejó impresionar por el tono concluyente del policía. Tomó su vaso y, tras un corto trago de cerveza, le respondió:

—Pues, Quintero, me parece que esta vez estás equivocado —Víctor decidió hacer un último esfuerzo por convencerlo—. Estoy de acuerdo contigo en que es significativo el hecho de que no hayan pedido rescate de ningún tipo; que, por otro lado, tampoco hubiese tenido sentido alguno puesto que las personas desaparecidas no tienen recursos económicos excesivamente llamativos. Por tanto, debemos rechazar la posibilidad de que estemos ante un secuestro por interés económico.

—Ésa es la cuestión —dijo en tono tan paciente como triunfante el inspector—. ¡Si me estás dando la razón!

—No, no te la estoy dando, pues hay una cosa fundamental que se os está escapando a ti y a tu colega catalán —continuo Víctor sin hacer caso del comentario del amigo—: la importancia que tienen las dos horas de diferencia existentes entre la desaparición de una chica y la otra. Si hubiese sido un asesino con motivaciones sexuales, u otra cualquiera de esta índole, la persona o personas que hubiesen intervenido, tras realizar el primero, nunca hubiesen vuelto al mismo lugar arriesgándose a que ya se hubiese dado la alarma y, por

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

tanto, que todo el barrio estuviera en situación de alerta, incluida la policía.

Quintero lanzó una mirada que denotaba cierto grado de impaciencia hacia su amigo. Pero Víctor siguió, no dándose por aludido:

—Mi teoría, es cierto, se basa en indicios. Pero sobre todo en la razón. Mira —continuó—, existe otra reflexión que me lleva a la convicción que te vengo exponiendo, y consiste en el hecho de que las desapariciones se produjeron en un día laborable normal y durante la tarde-noche. Para mí esto descarta la posibilidad de que hayan podido ser un grupo de vándalos drogados que, saliendo de una discoteca, actuase a impulsos del alcohol y las pastillas.

Se hizo un pequeño silencio entre los dos hombres. Lo aprovecharon para degustar sus cervezas que iban templándose con el sol del mediodía.

Víctor continuó:

—Sobre esta base, y aceptando que ambas desapariciones no han coincidido casualmente en el tiempo, sino que están conectadas entre sí, deduzco que han obedecido a un plan premeditado y creo que por una sola persona. Pues una acción de este tipo, sin objetivos económicos, difícilmente puede interesar a nadie que no sea un loco maníaco, y éstos no coordinan operaciones en grupos. Por otro lado, la persona que lo hizo tenía que ser conocida de las dos mujeres, pues nadie oyó nada que llamara la atención en los momentos en que se las llevaron. El recorrido que hacían ambas por las calles de ese tranquilo barrio de Barcelona, a pesar de que llovía —cosa que no podía haber calculado cuando preparó el plan—, tiene normalmente un tránsito elevado de peatones, como pude comprobar en mi reciente visita. Así que el secuestrador tenía que haber previsto que en el momento de llevárselas habría gente por los alrededores y, por tanto, que no podría usar la violencia.

Quintero sonrió irónicamente, pues pese a su antigua amistad con Saltero y a los casos que éste había resuelto en tiempos anteriores no dejaba de considerarle un aficionado. Miró la fachada de la iglesia, después a su amigo y, dándole un golpecito con la mano en el antebrazo le dijo en tono condescendiente:

—Bueno, Víctor, no me convences. Veo que tu imaginación y mente están tan en forma como cuando actuabas en los tribunales. Pero dime —continuó —, ¿qué quieres que haga?

—Que te vayas a Barcelona de vacaciones.

El inspector por poco se atraganta con una coquina que en ese momento intentaba degustar.

—¿Qué dices? —dijo cuando se pudo recuperar—. ¿Estás loco?

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

El abogado sonrió mirándolo con tranquilidad.

— ¿Tú no puedes pedir unas vacaciones siendo inspector?

—Joder abogado, no me fastidies. ¿Crees que puedo entrar en el despacho del comisario y decirle: ¡Eh, jefe, que me voy de vacaciones a Barcelona!

—Pues, supongo que sí —respondió sosegadamente—. En primer lugar estamos cerca del verano; por ello podrías buscarte alguna excusa para anticipar una semana o diez días de vacaciones. Y, en segundo lugar, no creo que seas tan imprescindible aquí…

—Deduzco que lo estás diciendo en serio —replicó Quintero haciendo caso omiso al último comentario irónico.

—Totalmente en serio —respondió Víctor—. Además, me encantará, para mí es un privilegio, invitarte a un buen hotel en Barcelona con tu mujer y los niños. Es una ciudad preciosa.

El inspector sevillano desplazó su vista desde la cerveza a la fachada de la iglesia del Salvador, y desde allí a los ojos del amigo.

— ¿Seguro que hablas en serio?

—Te repito que totalmente

— ¿Y qué se supone que debo hacer en Barcelona?

—En principio que tu familia la conozca, pues seguro que nunca los has llevado más allá de Despeñaperros —y continuó—.Y una vez allí que convenzas a tu colega, el inspector de los Mossos d'Esquadra, para que siga mi hipótesis e investigue por esta línea que he expuesto.

Se hizo un silencio entre ambos. Quintero se quitó las gafas y comenzó a limpiar sus cristales con una servilleta de papel. Después miró a su amigo, diciéndole:

—Abogado, no sé quién está más loco si tú por la proposición que haces o yo por pensar en aceptarla.

Saltero tomó tranquilamente el vaso de cerveza que, a esas alturas, había perdido el frío. Le dio un corto trago y tras depositarlo sobre el pequeño velador, dijo:

—Buscadme una relación de personas que conocieran a ambas mujeres entre su círculo de amistades y en el instituto.

—Eso, en un barrio, significa la mitad de la población pues casi todos se conocen entre sí —se alarmó Quintero ante las perspectivas de tan intenso

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

trabajo.

—No, no lo creas. Tenéis que buscar, exclusivamente, solteros y solitarios. Ningún casado, o persona que esté conviviendo habitualmente con su familia, va a encontrar el tiempo suficiente para conciliar su vida normal con la vigilancia de las secuestradas sin levantar sospechas. Esto reduce enormemente el campo de búsqueda. No creo que puedan ser más de cinco o seis personas las que reúnan esas características. A la cuales tendréis que seguir para conocer sus actividades diarias, minuto a minuto. Ahí encontraréis la respuesta a este caso.

El inspector de Policía pareció concentrarse en su vaso de cerveza como intentando hallar en él las respuestas a tantas incógnitas. Momentos más tarde, sonriendo, se puso en pie.

—Me tengo que ir a comisaría —dijo—. Está bien, me plantaré en Barcelona pero no te garantizo que Toldrá esté dispuesto a abrir esa línea. Pero aunque no lo haga, el viaje y estas cervezas las pagas tú.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Trece

Le era difícil saber el porqué, pero probablemente a causa de la cantidad de meses que llevaba encerrada, Marta sentía que sus emociones oscilaban entre la depresión y el intento de recuperar la fuerza vital que pudiera darle algún sentido a su existencia. En su nuevo y reducido mundo sólo existía Ana María, y un torno que subía y bajaba de tarde en tarde.

Le gustaría, pensaba, ser capaz de inyectar vida a su compañera de soledades; mas era imposible, pues apenas lo conseguía para sí misma. Pero el cansancio de la convivencia forzada y continua causaba sus efectos. Ana María era una chica joven y hermosa que, aunque a veces parecía fuerte, probablemente intuía que se terminaría marchitando entre aquellas paredes sin ventanas. Era un tema que preferían no tocar en sus conversaciones.

Durante un tiempo permaneció en la cama sumida en estos pensamientos. Más tarde se levantó, dirigiéndose a la habitación de Ana María. No la encontró en su dormitorio, pero la puerta entreabierta del baño le permitió verla desnuda en la bañera llena de agua caliente. La chica sonrió al verla.

—Ven —invitó con naturalidad la joven—. Entra.

Marta penetró en el cuarto de baño.

—Buenos días —contestó, al tiempo que no pudo evitar contemplar el hermoso cuerpo serenamente sumergido en el agua cálida.

— ¿Por qué no te bañas conmigo? —sugirió Ana María con sencillez.

Marta sonrió. Por un instante no pudo evitar una extraña sensación, mezcla de confusión y pudor.

No supo si realmente había llegado a contestar en voz alta “¿y por qué no?” o solamente lo había pensado. Pero, instantes más tarde, dejó que el camisón se deslizase por su cuerpo y se introdujo en la bañera.

En un principio se colocó frente a la amiga, y ambas parecieron relajarse ante la sensual caricia del agua tibia enjabonada. Pero, un poco más tarde, Ana María cambió de posición y apoyó su cabeza sobre el hombro de Marta y su cuerpo sobre el de ésta. Notó cómo, confiadamente, la joven reposaba sobre ella en silencio, con los ojos cerrados. Hizo lo mismo.

Marta se sorprendió no sabiendo dónde colocar sus manos sin rozar la piel de la joven. Se reprochó el sentirse tensa y algo turbada. No había por qué.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Fueron pasando los minutos y el agua se fue enfriando. La chica se inclinó para abrir el grifo del agua caliente y, tras dejar que corriera unos minutos, volvió a cerrarlo. De nuevo dejó reposar confiadamente su cuerpo en el de la amiga. No hablaban.

Marta sentía la piel de ella, eternamente suave, en las yemas de sus dedos. Sin darse apenas cuenta los hizo subir por el vientre de la amiga. Muy despacio.

Ana María continuaba relajada, con la cabeza sobre el hombro de Marta, cuando las manos de ésta comenzaron a acariciar sus senos. Siguió sin abrir los ojos. Simplemente se dejaba llevar.

El tiempo se hizo sensual y Marta pensó, durante un instante, en cómo era posible que ella sintiese más intensa la percepción de pudor que la joven. Notó con qué naturalidad ésta le acariciaba las piernas y los muslos correspondiendo a sus caricias. Nunca creyó que pudiese ser tan excitante.

De pronto, Ana María se puso en pie mostrando todo el esplendor de su femenina desnudez, y sólo dijo con una vaga sonrisa:

—El agua se está enfriando. Ven.

Cogieron dos toallas y comenzaron a frotarse, sin apenas mirarse, pero sintiéndose una muy cerca de la otra. Olían a jabón perfumado.

Ana María tomó la mano de la amiga y la condujo hasta el dormitorio.

Las toallas habían caído y la cama parecía caliente. Acogedora.

****

Zapata no podía despegar la mirada de los monitores. No, no era una sensación de excitación sexual. Era como si dos sirenas hubiesen emergido hermosas, bellas y plenas del océano. Sólo para su contemplación. Nadie más podía participar de tanta belleza.

Las vio cómo se acariciaban en el baño y cómo lo abandonaban desnudas.

Pensó: “Qué hermoso…”.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Catorce

— ¿No me digas que te has venido con toda la familia? —dijo Toldrá a Quintero sentados ambos en el amplio despacho del primero. Y continuó—. Pues sí que os paga bien el Gobierno andaluz.

—Seguro que menos que a vosotros —respondió el inspector sevillano—. Además, te he de confesar que vengo invitado por un abogado amigo.

Quintero dispersó la mirada con admiración, no exenta de envidia, por el ordenado despacho de su colega. Era amplio, con archivos metálicos a su izquierda y muebles funcionales. Sobre la mesa apenas existían un par de expedientes, no recordando en absoluto al caos reinante en su propia oficina de Sevilla.

—Oye, Juan —de pronto dudó interrumpiendo su idea— ¿Te llamo Juan o Joan?

—Ya te dije por teléfono que me llames como quieras, de todas formas lo vas a hacer —respondió resignado el inspector de los Mossos d'Esquadra.

—Hombre, cuando estábamos en los cursillos de ascenso todo el mundo te llamaba Juan. Pero, en cuanto llegáis a Cataluña, os cambiáis los nombres. Lo mío es más normal: yo me llamo Quintero aquí y en Sebastopol.

Toldrá, que conocía bien al inspector sevillano, lo miró con resignada paciencia, y más cuando le oyó comentar:

—Seguro que tú cobras más que yo a juzgar por este despacho. Se ve que os cuidan, no como a nosotros. Si tú vieses el mío… En fin, me parece que voy a solicitar traslado a Cataluña.

—Pues tendrás que aprender catalán, y a estas alturas me parece que te sería complicado.

—Joder Juan, que tú tienes la misma edad que yo.

—Bueno Quintero, dime qué puedo hacer por ti, aparte de soportar tus complejos nacionalistas.

El inspector sevillano comenzó su explicación. Le comunicó en detalle la tesis de Víctor Saltero con respecto al caso de las dos mujeres desaparecidas en el barrio de Montbau; la teoría de éste de que tenían que haber sido secuestras por alguien de su entorno que conociera a ambas; que el supuesto secuestrador debería haber sido una persona solitaria que había preparado

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

minuciosamente, y con antelación, el secuestro.

— ¿Quién es ese Saltero? —preguntó Joan Toldrá, interrumpiendo las explicaciones del inspector sevillano.

—En resumen te diría que es un vividor —ante la mirada interrogativa de su interlocutor, Quintero continuó—. Sí, el más elegante vividor de este país. Perdona —matizó sonriendo—, me refiero a España.

Toldrá le miró con educada ironía.

—Eres un caso perdido de complejos nacionalistas —respondió con tranquilidad—. Pero, en fin, ¿supongo que habrá algo más en ese individuo para que des tanta importancia a sus opiniones?

—Bueno, para mí es sobre todo un amigo al que conozco desde hace años y que fue, ahora está retirado, un gran abogado penalista. La verdad es que me ha ayudado en diversas ocasiones a resolver casos complejos, como por ejemplo el del AVE, del que ya has oído hablar. No sé cómo se las apaña, pero tiene una capacidad deductiva por encima de lo normal. Además, te diré que vive con un mayordomo que lo cuida como si fuese su madre, y una fantástica novia eterna, con la cual nunca se casa, que no se queja del fútbol ni de las copas con los amigos como le pasa a mi mujer.

— ¿Y por qué crees que puede tener razón en este caso?

— Víctor Saltero estuvo aquí, en Barcelona, recogiendo detalles y circunstancias que rodearon las desapariciones. Tras la visita, sacó las conclusiones que te he contado pidiéndome que te convenciera para investigar a fondo a ciertas personas de su entorno.

—Como sabes, todas ellas han sido interrogadas y, como es natural, hicimos especial hincapié en las conocidas de ambas; pero no encontramos nada anormal.

—Hombre, seguro que practicasteis unos buenos interrogatorios, pero la verdad es que estabais convencidos de que estaban muertas y quizás, por ello, fuesen más formales que reales esos interrogatorios. Lo que Saltero pretende es una investigación a fondo de ciertas personas relacionadas con las mujeres.

Los dos hombres parecieron reflexionar durante unos minutos, tras los cuales el inspector catalán continuó:

—Quintero, ¿sabes lo que me estás pidiendo? Abrir esa línea supondría tener que utilizar una cantidad de hombres de los que no dispongo; y, exclusivamente, por una intuición de tu amigo. No tenemos ningún dato que avale esa hipótesis.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

—No lo creas, Juan. Aunque yo también se lo discuto, he de reconocer que el razonamiento de Saltero tiene bastante lógica; especialmente partiendo de la base de las dos horas de diferencia que hubo entre los secuestros y, para colmo, en la misma zona. Es evidente que ambos tienen que estar relacionados y es probable, al no existir interés económico, que haya podido ser un solo individuo el que lo ha realizado, como afirma el abogado, aunque por otras motivaciones desconocidas para nosotros.

Se produjo otro instante de reflexión. Después, Toldrá preguntó:

— ¿A quién buscamos?

—Según Saltero, como te he dicho, a un tío soltero que conozca a las dos, y que las conozca bien, puesto que tenía que prever sus movimientos con mucha precisión y saber que las podría coger en unas calles públicas, normalmente bastante transitadas, sin que las chicas presentasen resistencia. Eso no pueden ser tantas personas. Según el abogado, no más de cuatro o cinco.

— ¿Y por qué solteros?

—Porque si el responsable fuese un casado, o una persona que viviera con su familia, hubiese tenido muchas dificultades para la preparación y ejecución de dos secuestros, sin que en su entorno observaran algo extraño en su comportamiento.

Quintero, por un instante, sonrió para sí mismo al darse cuenta de que estaba hablando como lo haría Víctor.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Quince

Joan Toldrá había puesto a seis hombres en la investigación. Tras manejar todas las variables posibles, sólo tres personas reunían las características que Saltero había señalado: Manuel Velarde, de 33 años, monitor de tenis en el club del barrio de Montbau. Era soltero y conocía a ambas chicas, pues a las dos había dado clases de tenis. Este hombre no había nacido en Barcelona y estaba allí desplazado. Vivía solo.

Santiago Matabuena, profesor de Inglés en el instituto Vall d'Hebron, también un animal solitario que provenía de un pueblo de Zaragoza; y, por último Jaume Zapata, igualmente profesor en el instituto y también otro ser solitario. Todos tenían en común la soltería, el hecho de vivir solos sin cargas familiares, y que conocían a las dos desaparecidas. Los tres habían estado entre las personas interrogadas al comienzo de la investigación, sin deducirse ningún indicio que los relacionara con el caso.

No obstante Toldrá puso agentes para investigarlos en profundidad, de acuerdo con lo sugerido por Quintero. Al fin y al cabo, era una posibilidad más. Fue delicado realizar los seguimientos de los sospechosos sin que éstos se apercibieran, pero sus hombres estuvieron especialmente hábiles.

El profesor de tenis impartía sus clases regularmente a niños y mayores. Completaba esas actividades profesionales con su gusto por los pinchos, acompañados de buen tinto. Trasnochaba habitualmente por la movida de Barcelona, con alguna que otra escapada a las zonas de moda y diversión de la Costa Brava. Más de una vez le pudieron observar conduciendo con alguna copa de más.

La vigilancia de Matabuena dio como resultado el comportamiento de un hombre tímido, que parecía más interesado en la amistad de los libros que de las personas. No bebía y apenas salía del barrio. Pasaba las tardes en su casa, salvo los fines de semana, que se permitía, con otro compañero de profesión, unas cervezas al mediodía.

Zapata también era un hombre de comportamientos regulares: daba sus clases por las mañanas y, tras ello, invariablemente, iba a comer a su casa tras pasar por la floristería de la avenida del Hospital Militar, lugar cercano a su vivienda, donde se paraba a comprar una rosa cada día. Por la tarde acostumbraba a salir del barrio, según los informes de los vecinos, dirigiéndose a una pequeña finca situada por la carretera l'Arrabassada, a unos seis o siete kilómetros, volviendo regularmente al atardecer. Parecía más

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

excéntrico que tímido, aunque tampoco mostraba ningún interés aparente por el sexo opuesto.

Quintero, por su cuenta, decidió aprovechar las horas de ausencia de cada uno de ellos en sus viviendas para entrar a echar un vistazo sin consultarlo con su homólogo Toldrá, pues tenía la seguridad de que éste se lo hubiera impedido. Pensó que se lo debía a Víctor, aun siendo consciente de que si encontraba algo, al tratarse de una operación ilegal, difícilmente iba a poder ser utilizado ante un juez.

En cualquier caso, cuando terminó los registros de las tres viviendas no había visto nada que levantara sus sospechas. Eran casas normales, no distintas a la que cualquier hombre soltero podía tener.

En la casa del profesor de tenis, además del desorden lógico y diversos restos de comida dispersos por salón y cocina, sólo halló algunas revistas de chicas, varias raquetas de tenis y mucha ropa sucia.

La de Matabuena no difería demasiado de la anterior, pero sustituía las revistas pornográficas por otras más sesudas y, sobre todo, por una buena cantidad de libros de autores que Quintero jamás había oído nombrar. La única que tenía algo diferente era la de Zapata, pues se podía deducir del registro que era un hombre que cuidaba con esmero el orden y la limpieza. Todo aparecía en su sitio. Todo limpio y pulcro. Pero, en conclusión, en ninguno de los casos encontró nada que llamase su atención, y menos que pudiese indicar que tenía que ver con las desapariciones.

El inspector entendió que el trabajo estaba terminado. Llamaría al abogado y se dedicaría a disfrutar del resto de las vacaciones en Barcelona con su familia. Se sonrió intuyendo la reacción de Saltero, aunque de pronto pensó que quizá quedaba algo por hacer: seguir a Zapata en los viajes que realizaba cada tarde a la finca. Decidió hacerlo cuanto antes.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Dieciséis

Llevaba tiempo notando que estaba comenzando a perder interés por las imágenes que los monitores le llevaban. Se preguntó qué le estaría sucediendo ¿Sus invitadas eran menos hermosas ahora que al principio? Por un instante pensó que sí. Las seguía mirando día tras día, pero era cierto que le costaba encontrar momentos de placer en la contemplación.

Por un instante posó su mirada en la rosa y pensó que debería cambiar de flor pues, al final, aunque cada día traía otra nueva, era lo mismo: el jarroncito azul, el tallo delicado y los pétalos rojos que se terminaban marchitando. Quizá había llegado el momento de encontrar una flor diferente que fuese capaz de provocarle la misma sensación de armonía que, durante los últimos meses, le había transmitido la rosa.

¿Y ellas? En realidad ¿son las mismas que invité, o por el contrario han cambiado? ¿Seré yo el que ha cambiado? ¿Por qué ya no me parecen tan hermosos sus cuerpos, sus gestos, sus rostros? Deberían cuidar su belleza para mí, renovarla continuamente. ¿No lo hacen y es esto lo que me hastía? Cuando las traje eran tan hermosas como esta rosa. Pero no consigo adivinar qué sucede. Estuve años preparando estos momentos. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué ya no me satisfacen?

Estas interrogantes que su pensamiento desgranaba parecían vaciar su alma.

Zapata, distraídamente, jugaba con los mandos que controlaban las cámaras de televisión. Acercaba con el zoom del visor los rostros de las chicas, las cuales, totalmente ajenas a que alguien las estuviese mirando, hablaban entre ellas sentadas en la cama. Como siempre, habían hecho sus ejercicios, aquellos que les mantenían la sensación de vivir. Como siempre, una a otra, se ayudaban a arreglarse; para ellas mismas, para nadie más.

Las cámaras acercaban cada gesto de las mujeres al hombre que miraba los monitores. A continuación, y aceleradamente, alejaba el enfoque recogiendo un plano general.

Se aburría. Al principio cada noche se acostaba con la ilusión de su vuelta a la tarde del día siguiente para contemplar a sus invitadas. Ahora había días en que no le apetecía volver a la finca.

Zapata distrajo durante un rato la mirada alrededor de la habitación que ocupaba. Allí estaban los últimos platos de comida que las chicas habían consumido y que, como siempre, tendría que llevarse.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Observó con desinterés el pequeño mundo que le rodeaba: las blancas paredes lisas de la pequeña habitación en la que había estado tantas tardes, la silla donde se sentaba, el jarroncito azul, los monitores de televisión, la mesa de control, los botones que movían el montacargas, la imagen de las mujeres…

Se levantó del asiento y apagó los monitores. Decidió que ya no volvería a comprar ninguna rosa.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Diecisiete

El automóvil azul corría veloz por la avenida Vall d'Hebron. Quintero, en un Volkswagen Golf alquilado, lo seguía a una prudente distancia dejando que otros dos autos se interpusiesen entre el perseguido y él. Minutos más tarde vio cómo tomaba el desvío hacia la carretera l'Arrabassada, una carretera local. Aumentó la prudencia dejándole que se alejara, de forma que Zapata no pudiese adivinar que estaba siendo vigilado.

Tras haber andado unos seis kilómetros por la misma carretera, el automóvil azul tomó un camino de tierra, a la derecha, por el cual comenzó a avanzar dejando tras de sí el rastro de una nube de polvo producto de la sequía del verano. Quintero aprovechó esta situación para continuar sin que le viera.

Habrían recorrido unos mil metros por la polvorienta vereda cuando Zapata se detuvo ante una alta verja metálica. El policía frenó bruscamente. Saliendo del camino, ocultó su coche entre los pinos y acacias que lo bordeaban para esconderse de la mirada del perseguido. Hacía calor.

Vio cómo Zapata abría la cancela metálica y, después de introducir el coche, la cerraba tras él. Avanzó unos metros aparcando delante de la puerta de entrada de lo que parecía una pequeña casa de campo.

Quintero detuvo el motor de su coche y bajó del mismo, acercándose andando a la finca con la protección de los árboles. Decidió esperar a ver qué sucedía.

Vio a Zapata bajar de su automóvil con un par de bolsas en las manos y cómo, abriendo la puerta de la casa, penetraba en ella.

El policía decidió seguir esperando oculto tras un árbol desde donde podía divisar la vivienda sin ser visto.

El tiempo comenzó a pasar con lentitud sin que nada sucediese. Quintero recordó su conversación con Víctor Saltero y, según fueron transcurriendo las horas, fue maldiciéndose por haber prestado oído a las elucubraciones del abogado. Hacía calor y el monótono canto de la cigarra terminó por adormecerlo.

Comenzaba a anochecer cuando el ruido de una puerta metálica cerrándose lo espabiló. Pudo ver cómo Zapata se metía en su coche, portando una bolsa de considerable tamaño que dejó caer en el asiento trasero. Tras ello, el coche azul salió de la finca a la misma velocidad con que había entrado. Hubo un instante en que Quintero temió que pudiese descubrir su automóvil escondido

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

entre las encinas. Pero se tranquilizó al ver que el otro no disminuyó la velocidad al pasar a su altura.

Durante un momento dudó qué hacer, si volverlo a seguir o intentar entrar en la casa. No tenía orden judicial para hacerlo, así que sabía que se estaría arriesgando de nuevo. Tal vez demasiado; no obstante decidió que, ya que estaba allí, intentaría ver si había algo sospechoso en el interior de la vivienda. Tras tomar esta decisión volvió a pensar en Saltero, culpándolo por la situación en que se encontraba. Aun así, continuó hacia adelante.

Esperó a que la noche cayese totalmente y, al amparo de ella, anduvo hacia la casa. Se reprochó el no haber previsto esta eventualidad y traer una ropa más adecuada para lo que iba a hacer, ya que se vería obligado a saltar la verja que delimitaba la finca. Miró a un lado y a otro por si alguien de alguna de las pequeñas casas colindantes, que a cierta distancia salpicaban el paisaje arbolado, le pudiese haber visto.

Aparentemente estaba todo tranquilo.

Definitivamente saltó la alambrada rasgándose la camisa, que se le enganchó en una de las púas metálicas produciéndole un ligero corte en la piel. Las gafas estuvieron a punto de caérsele.

— ¡Me cago en la puta! —dijo en voz alta—. Ya no estoy para estas cosas.

Una vez en el interior de la finca, y acelerando el paso, se acercó a la puerta de la casa. Era de hierro, con un cerrojo normal. Antes de intentar abrirla decidió dar una vuelta alrededor de la vivienda. En la parte trasera pudo ver que existía un pozo con una bomba de presión para extraer el agua que debería alimentar la vivienda, y a la derecha del mismo, una pequeña alberca que en ese momento no tenía agua alguna. Tras circunvalar toda la casa sin ver nada especial sacó rápidamente del bolsillo de su chaqueta una pequeña ganzúa y, con habilidad, abrió la puerta en unos segundos.

El silencio era total. Entró y encendió un mechero para romper la oscuridad; con la luz vacilante buscó el interruptor. Lo encontró junto a la puerta de entrada y lo pulsó. La habitación se iluminó, pudiendo ver que se encontraba en un salón de unos quince metros cuadrados, con muebles rústicos y una chimenea al fondo. Cerró la puerta tras él. Lo único que le llamo la atención fue la pulcritud reinante en cada uno de los detalles de la casa.

Seguía sin oír nada. “Aquí no hay nadie”, pensó. “El abogado estaba totalmente equivocado”.

Una vez más se maldijo a sí mismo por arriesgarse a que lo pudiesen acusar de allanamiento de morada si, por casualidad, lo cogían en ese instante. Sería

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

el adiós definitivo a su carrera. Se decidió a recorrer lo más aprisa posible el resto de la vivienda. Consistía, además de la estancia que había dejado atrás, en un dormitorio, un cuarto de baño y una cocina unidos por un corto pasillo. Todo extraordinariamente ordenado. Pero allí no había un alma, ni huellas de que hubiesen podido estar las desaparecidas.

Por un instante sintió un ligero placer anticipando lo que le diría a Saltero tras este registro. Disfrutaría viendo la cara del abogado cuando le dijese que se había equivocado, cosa a la que no estaba acostumbrado. El riesgo que estaba corriendo merecía la pena aunque fuese sólo por la satisfacción de mostrarle su error. Le tendría que invitar a cenar en uno de esos restaurantes caros y elegantes que Víctor frecuentaba.

Con cuidado abrió el armario del dormitorio, donde observó que había alguna ropa masculina colgada. Fue a la cocina y abrió la nevera, encontrando en su interior alguna comida y bebida envasada. No había nada especial.

Pensó que llevaba allí demasiado tiempo y decidió marcharse. Apagó las luces, y cuando se disponía a cerrar tras de sí la puerta de la vivienda, repentinamente, un sonido le sobresaltó. Durante unos instantes se quedó paralizado. El ruido se detuvo. No pudo evitar un suspiro de alivio cuando lo reconoció: no era más que el motor de presión del pozo que, durante unos segundos, se había puesto en marcha.

Con rapidez cerró definitivamente la puerta, volvió a saltar la cancela y, caminando lo más aprisa que le permitía la oscuridad, llegó hasta su automóvil.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Dieciocho

—Me debes una cena en Becerrita.

La voz que sonaba a través del teléfono tenía un tono entre exigente, irritado e irónico.

Víctor sonrió como si Quintero pudiese verlo por medio de las ondas de los móviles.

—Deduzco que no te fue muy bien con lo de Zapata.

El policía había estado informándole puntualmente de todas las investigaciones.

—Allí no había nada, abogado. Estabas totalmente equivocado y, además de la cena, me has de pagar una camisa que me cargué entrando en la finca.

Quintero contó al amigo los resultados de la vigilancia del último sospechoso que les quedaba. Le volvió a explicar lo que Saltero ya sabía: cómo por las mañanas, y durante tres horas, Zapata daba clases en el instituto Vall d'Hebron. Que habitaba un pequeño piso alquilado en el propio barrio y que todas las tardes acudía a la finca de dos hectáreas que tenía cerca de allí, donde poseía una pequeña casa. Que era hombre de costumbres regulares. En su vivienda del barrio de Montbau, a la que también el policía había entrado sin permiso de juez alguno, sólo encontró los enseres normales de cualquier hombre. Dormía en ella todos los días con regularidad. Tenía pocos amigos y no era dado a diversiones nocturnas. Cada día al terminar sus clases, cuando salía del instituto, compraba en una floristería cercana a su barrio una flor, concretamente una rosa. Tras eso iba a su piso, donde supuestamente comería, y entre una o dos horas más tarde marchaba hacia la finca. Parecía indudable que era un tipo raro, solitario, pero de ahí a que hubiese secuestrado a las muchachas desaparecidas mediaba un abismo.

—Nos hemos quedado sin sospechosos. Así que me debes la camisa que rompí y la cena.

Víctor intentó pensar rápidamente. No pudo evitar un fuerte sentimiento de desencanto. Hasta hace unos minutos, antes de la llamada del amigo, hubiese jurado que Zapata era el responsable de los secuestros: conocía a ambas chicas desde hacía tiempo, era un hombre extraño y solitario y, además, tenía el sitio perfecto para esconderlas: la pequeña finca. Por todo ello estaba convencido de que Quintero encontraría rastros de las desaparecidas en su visita campestre

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Para darse tiempo a la reflexión, antes de admitir la derrota, pidió al inspector que le explicase paso a paso cómo había sido su inspección de la casa de campo.

— ¡Joder, abogado! —la voz de Quintero denotaba franca impaciencia—. No hay nada más que contar. Ya lo sabes todo. Reconoce que te has equivocado y demos carpetazo a este tema. Cualquier día algún payes arando su campo encontrará los restos de esas tías.

Saltero percibió, a través de las ondas, que el nivel de impaciencia de su amigo se había elevado lo suficiente como para perder la buena costumbre de no hacer gala con él de su amplio repertorio de palabras malsonantes.

—Escucha Quintero, tienes garantizadas la cena y la camisa. Te vas a El Corte Inglés y cargas en mi cuenta la que quieras, pero hazme este último favor: explícame exactamente cómo fue tu visita a la finca.

Víctor siguió intentando ganar tiempo para poder pensar.

—Está bien, pero por esto escogeré la camisa y la cena más cara…

—Bueno, hombre —interrumpió Víctor—. Pero dime de una vez lo que viste en la casa.

Hubo un momento de silencio al otro lado del teléfono, en el que se pudo oír un sonoro suspiro de resignación del policía.

—Llegué siguiéndolo hasta la finca…

— ¿Crees que te pudo ver?

— ¿Tú piensas que el puesto de inspector me lo regalaron, o que soy imbécil?

—Perdona, no intentaba poner en cuestión tu profesionalidad. Disculpa, sólo quiero conocer los detalles.

—Me escondí entre los árboles mientras ese tipo entraba en su casa de campo. Allí no pasó nada. Incluso creo que me dormí un rato por el calor y el aburrimiento. Anoche dormí mal por los puñeteros niños —aclaró a modo de disculpa, para después continuar—. Cuando anochecía salió y se fue supongo que hacia el barrio de nuevo. Tras eso, como ya te expliqué, entré en la casa. Por cierto, saltando la verja fue donde me rompí la camisa que me debes.

—Está bien, ya he dicho que la tendrás.

—Bueno, no hay mucho más que contar. En todo caso lo que se puede afirmar es que el tal Zapata es un tipo raro; todo estaba demasiado cuidado y limpio. Te lo podías llevar de mayordomo —dijo en irónica reflexión—. Es

Este documento PDF ha sido editado con Icecream PDF Editor.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

extraño que un hombre sea tan cuidadoso. Igual es hasta maricón… Pero en fin, allí no había nada, y por tus fantasías faltó poco para meterme en un lío con allanamiento de morada incluido. Al final me llevé un susto al oír un ruido cuando cerré la puerta de la casa; creí que me habían visto. Si llega a ser así ya te puedes imaginar las consecuencias: adiós a mi empleo.

Se hizo un silencio, y después Víctor preguntó:

— ¿Qué clase de ruido?

— ¿Qué clase de ruido…? ¿Qué importancia tiene eso?

La voz del inspector mostraba irritación. Saltero lo intentó calmar:

—No seas tan susceptible. Sólo quiero saber todo lo que ocurrió. Ya que me vas a costar dinero, además del que te pago como contribuyente, supongo que tengo derecho a conocer los detalles…

—Pues sí que eres encogido para invitar. Todos los millonarios sois iguales… Cuanto más tenéis…

— ¡Eh, policía, que yo no soy millonario! —protestó Víctor riendo—. Sólo vivo bien. No tengo culpa si tú no sabes hacerlo. ¿Pero me quieres contestar...? ¿Qué te sobresaltó?

—El motor del pozo. Fue el maldito motor del pozo. Pero allí, con tanto silencio en medio del campo… En fin, una estupidez, pero si me llegan a coger sin orden de registro tiro treinta años de carrera en la policía, y tú tendrías que echar a ese mayordomo gorrón que tienes, y colocarme a mí para prepararte la ropa y la comida.

Víctor rio. Pero sentía que el desencanto le estaba invadiendo. No obstante, continuó:

— ¿Llegaste a dar una vuelta por el terreno? ¿Por las dos hectáreas?

—No. No hacía falta. Lo único que había eran diversos tipos de árboles y matorrales.

— ¿No sucedió nada más?

—Nada de nada. Son muchos años de profesión: ni allí estaban las tías, ni habían estado nunca.

—Está bien. Qué le vamos a hacer. Al final vas a tener razón. Bueno, pues disfrutaré esa cena contigo y ya me contarás cómo fuiste tan torpe como para romperte la camisa...

—Abogado, no te digo un disparate porque hace demasiados años que nos

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

conocemos. Pero ese comentario tuyo te podría suponer otra invitación. No tientes a la suerte.

Momentos después colgaban los teléfonos.

Víctor se quedó reflexionando. Su mente se balanceaba entre la frustración que el final de la investigación le había producido y la resistencia a reconocer que todos sus razonamientos anteriores habían sido incorrectos.

Comenzó a repasar los datos que Quintero le había proporcionado. Era verdad que éste se había quedado dormido durante algún tiempo, pero no encontraba razones para suponer que ese hecho tuviese relevancia alguna, porque al entrar en la casa, si hubiese sido Zapata el que había producido los secuestros, debería haber encontrado algún rastro. El único detalle que le seguía llamando la atención era el de la flor, pues no dejaba de ser extraño que un hombre comprara diariamente una rosa para sí mismo. “Supongo”, terminó pensando, “que será una manía”. En cualquier caso, eso no lo convertía en un secuestrador en potencia. Era curioso también lo de la pulcritud. Pero, bueno, como Belmonte decía: “¡Hay gente pa to…!”.

Encendió la televisión del salón y comenzó a mirarla sin verla, incapaz de concentrarse en la película que estaban reponiendo por decimoquinta vez.

Notó que su mente se relajaba; parecía que iba asumiendo lo erróneo de su teoría y esta convicción terminó por sosegarlo. “¡Qué le vamos a hacer!”, pensó resignado.

Sintió que se adormecía sobre el cómodo sillón ayudado por el rumor de la televisión al fondo.

No podría decir qué tiempo había transcurrido cuando de repente una idea le asaltó: ¿cómo que el motor del agua se había puesto en marcha? Allí, supuestamente, no había nadie. Algo extraño ocurría. Alguna pieza no encajaba. Se sintió excitado. Sus neuronas comenzaron a funcionar a toda velocidad. Sólo exclamó en voz alta:

—¡Claro, todo encaja!: la flor, la finca, su trabajo de profesor, el motor del pozo…

Tomó rápidamente el móvil y llamó al número memorizado de Quintero.

Le respondió la voz cansada de éste:

—Pero bueno… ¿qué te pasa ahora? Estoy a punto de acostarme…

Víctor le interrumpió:

—Escucha Quintero, te pagaré todas las cenas y camisas que quieras, pero

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

convéncete: las chicas están allí. Zapata es el secuestrador.

El inspector notó que el tono normalmente sosegado de su amigo había cambiado. Se había tensado casi a nivel exultante. Eso no era habitual.

— ¿Qué sucede? —el policía fue parco en palabras, consciente de que Saltero podía tener algo importante.

—Respóndeme con precisión: ¿el motor que oíste cuando cerrabas la puerta era el del pozo?

—Sí.

— ¿Qué tipo de motor exactamente?

—Un motor de presión, de los que todo el mundo tiene en las casas de campo para sacar agua de los pozos.

— ¿Estás absolutamente seguro de que ese motor fue el que produjo el ruido?

—Por supuesto que sí.

— ¿Tú sabes cómo funcionan esos motores?

—Ni puñetera idea, pero los veo siempre en las fincas.

— ¿Abriste algún grifo o tiraste de la cisterna?

—No joder, Víctor. No pensarás que me iba a poner allí a mear…

—Pues te voy a explicar cómo funcionan esos motores —dijo Saltero interrumpiendo los comentarios del policía—. Tienen una bomba con aire a presión que activa al motor cuando un grifo se abre. Por tanto, si tú no lo abriste alguien lo hizo.

Se produjo un silencio intenso en las ondas telefónicas. Víctor casi podía sentir al inspector pensando en el otro lado del teléfono.

Al cabo, el policía sólo dijo:

— ¡Coño…!

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Diecinueve

Joan Toldrá no había tardado en conseguir la necesaria orden judicial. Cuatro Seat Altea de los Mossos d'Esquadra ocupaban el pequeño llano que se extendía ante la casa de campo de Zapata. De ellos habían bajado catorce policías que Toldrá organizó rápidamente para rastrear a fondo la zona. Quintero, invitado de manera no oficial por su amigo, bajó el último.

Lo primero que hicieron fue, forzando la cerradura, entrar en la casa. Se repartieron las habitaciones en grupos y comenzaron a revisarlas pulgada a pulgada. Golpearon las paredes, por si alguna de ellas podía esconder la entrada a algún recinto oculto. Tras comprobar que nada parecía anormal, realizaron lo mismo con el suelo minuciosamente. Pero no obtuvieron resultados, todo parecía sólido.

El sol de la mañana calentaba fuerte cuando salieron de nuevo al exterior de la casa.

El inspector catalán y el sevillano, junto con dos subordinados, se dirigieron a la parte trasera donde estaba situado el pozo y el motor que suministraba agua. Se agacharon para estudiarlo a fondo. El motor estaba anclado con cuatro tornillos al suelo y un tubo de aspiración se dirigía al interior del pozo. Por la parte trasera salía un solo tubo de expulsión, que supuestamente se dirigía hasta la casa, recubierto de hormigón.

Mientras el resto de los policías esperaban mirando a Toldrá y Quintero con curiosidad, éste último se volvió hacia ellos:

— ¡Eh! Buscadme algo para cavar.

Momentos más tarde un mosso d'esquadra le entregaba un punzón de hierro y el gato de uno de los automóviles.

— ¡Menuda mierda! —exclamó Quintero mirando el gato—. Creía que los catalanes estabais más avanzados ¿No tenéis otra cosa, joder?

Los policías miraron a su jefe Toldrá con expresión resignada. Éste se dirigió al inspector sevillano:

— ¿Qué quieres que hagamos?

—Picad aquí —indicó, señalando la placa de hormigón que recubría la conducción de agua.

—¿Pero qué estamos buscando?

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

— ¡Picad! —dijo imperioso Quintero—. Hay que descubrir este tubo para ver adónde lleva el agua que saca del pozo.

Un mosso comenzó a cavar.

Al cabo de unos minutos sudaba. Otro compañero tomó el relevo, observado por el resto que intentaban cubrirse del fuerte sol de junio aprovechando la sombra de la casa.

Poco a poco fue apareciendo el tubo de impulsión de salida del agua y, de pronto, vieron como éste se bifurcaba en dos. Lo descubrieron un metro más y pudieron comprobar que uno de los ramales iba en dirección a la casa y el otro hacia la parte arbolada del campo.

Quintero lo observó y, tras una ligera reflexión, se dirigió a Joan Toldrá:

—Vamos a registrar palmo a palmo la finca.

El aludido asintió.

—Poneos uno a un metro del otro y comencemos a andar por entre los árboles —ordenó el inspector catalán a sus hombres—.Cualquier cosa extraña que veáis comunicadla inmediatamente, aunque sólo fuese tierra removida.

Momentos más tarde todos los policías en hilera comenzaban a andar de norte a sur pisoteando los matorrales.

No habrían pasado más de quince minutos cuando una voz de alarma saltó:

— ¡Eh, inspector! ¡Venga a ver esto!

Quintero y Toldrá, que habían permanecido a la expectativa, se acercaron rápidamente. Al llegar al punto desde el que los habían solicitado vieron cómo un tubo, perfectamente camuflado a los pies de una encina, emergía apenas treinta centímetros sobre la tierra.

— ¡Hostias! —Quintero estaba excitado—. ¿Y esto qué coño es?

Antes de que Toldrá pudiese contestar, otra voz reclamó la atención de los inspectores.

Se acercaron adonde los reclamaban, reconociendo inmediatamente una trampilla metálica de aproximadamente un metro por un metro camuflada entre dos árboles.

Toldrá hizo un gesto a los mossos indicándoles que se acercaran. Cuando éstos estuvieron a su lado, Quintero y él mismo tiraron de la trampilla y la abrieron. Pudieron observar que de allí partía una pequeña escalera hacia el interior de la tierra. Parecía dar entrada a un sótano. Quintero no se lo pensó;

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

comenzó inmediatamente a bajar por ella.

—Tú y tú, seguidme —eran órdenes concisas del inspector catalán—. Los demás entrad después de nosotros, pero quedaos cuatro arriba.

Con precaución comenzaron a bajar las escaleras los policías, seguidos del inspector, y todos ellos observando la espalda de Quintero que ya había llegado a lo que parecía una pulcra estancia, donde pudieron ver unos monitores de televisión apagados. Pero allí no había nadie.

Quintero y Toldrá se miraron interrogativamente.

— ¿Pero esto qué es? —preguntó el policía sevillano.

Sin esperar respuesta, siguió observando la estancia a su alrededor. Había una mesa amplia, por debajo del nivel de los monitores que estaban empotrados en la pared, y en el lado izquierdo, un pequeño jarrón azul y blanco con una rosa marchita.

Siguieron analizando el interior del habitáculo y no tardaron en descubrir una puerta de madera. La empujaron, y ante ellos apareció la plataforma de un pequeño ascensor en el que apenas cabía una persona. Junto al mismo había dos botones que, obviamente, parecían destinados a moverlo. Quintero se dirigió a Toldrá:

—Sólo podemos bajar de uno en uno. A ver adónde nos conduce —y continuó diciendo—. Yo bajaré el primero, si te parece, y cuando lo haga seguidme.

El compañero hizo un gesto de asentimiento mientras Quintero se introducía en el pequeño ascensor. Cuando le dio al botón, comenzó a descender lentamente. Instantes más tarde se encontró en una habitación amplia llena de libros. El inspector sudaba. Por un momento se quitó las gafas, que se le habían empañado, y secándolas rápidamente con la camisa se las volvió a colocar. No podía creer lo que estaba viendo. Aquello parecía una vivienda en toda regla. Decidió permanecer quieto hasta que Toldrá hubiese bajado.

—Coño Juan, diles a los de arriba que se callen —dijo en un susurro, intentando descubrir algún sonido que le diese una pista de lo que podía ser aquello.

Seguido por el inspector de los Mossos d’Esquadra cruzó un mínimo pasillo y entró en lo que parecía un dormitorio. Se quedaron helados: allí había dos mujeres tumbadas encima de una cama. Demacradas, delgadas y con los ojos desencajados por el pánico los miraban aterradas.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

— ¡Joder! —musitó el policía sevillano en voz baja.

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

Veinte

Era una calurosa noche de junio. Saltero, sentado en su sillón en la terraza del ático, contemplaba la noche de Sevilla mientras paladeaba un Cardhu con agua y una sola piedra de hielo. Esperaba la llegada de Irene dentro de un rato.

De la calle subía el sonido familiar del tráfico y de las personas que disfrutaban su cerveza en la calle Betis, huyendo del calor de las casas. Se sentía satisfecho y estaba pensando que, a pesar del calor, un baño a la temperatura adecuada le sentaría bien. Las últimas semanas habían sido extraordinariamente ricas en sucesos, pero el resultado final había hecho que merecieran la pena.

Cuando el nivel del whisky bajó de forma alarmante volvió a aparecer Hur. Como siempre no le oyó llegar. Tenía la increíble habilidad de caminar como si lo hiciese sobre una nube y de aparecer justo en el momento oportuno, cuando se le necesitaba.

— ¿Otro whisky, señor? Víctor salió de su abstracción por un momento.

—Sí, Hur. ¿Y por qué no se sirve uno? Tenemos mucho que celebrar.

—Muy agradecido señor, pero ya sabe que no bebo. Enseguida le traigo el suyo.

Cuando el criado volvió con el whisky, de la misma forma silenciosa que anteriormente había llegado, tosió ligeramente para hacerse notar, indicando con ello el deseo de dirigirse a Víctor tras haberle dejado la bebida en la mesita.

—Señor, no he tenido ocasión de trasladarle mi agradecimiento y el de mi familia de Barcelona por lo que usted ha conseguido.

—No hay por qué, Hur. Hemos tenido algo de suerte pero, en cualquier caso, me alegro del resultado final.

—Por cierto, señor, llamó el inspector Quintero solicitando hablar con usted, y me rogó que le transmitiera su más profundo reconocimiento, y el de su homólogo de Barcelona, por la solución del caso.

— ¡Ah, el buen Quintero! Es un hombre excelente, aunque, a veces sus neuronas caminan con cierta pereza.

Víctor sonrió al recordar las diferencias de enfoques que este asunto había provocado entre el policía y él. Pero tampoco le sorprendía demasiado, pues

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

no era la primera vez que sucedían estas discrepancias en el análisis de un caso.

—Señor, si usted me lo permite, me gustaría despejar una cuestión: ¿por qué un individuo como el secuestrador hizo tal cosa?

La longitud de la frase de Hur, más allá de la suma de palabras que habitualmente utilizaba, indicaba su estado de curiosa satisfacción.

Saltero se volvió hacia su criado girándose levemente sobre el propio asiento en que se encontraba.

—Simplemente porque era un hombre dominado por una obsesión —contestó—. De hecho, en muchas facetas de la vida diaria, su comportamiento no tenía ningún componente de anormalidad; pero, en los aspectos que aquélla intervenía, la noción de las consecuencias de sus actos desaparecía. En el alimento de su obsesión empleaba una aguda inteligencia y habilidad; en cambio, en su vida normal, era una persona gris.

Durante unos instantes Saltero contempló la cálida noche sevillana.

—La pista de la motivación me la dio la flor —continuó—; concretamente, la rosa que Zapata compraba a diario en la floristería. Una rosa roja es algo extraordinariamente bello. Creo que fue esto lo que, casualmente, me trajo un día a la memoria el estribillo de una canción del grupo Vía Libre que dice: “No sé qué tienes silencio que digo tu nombre y te rompes. No sé qué tienes paz, que no te distingo. No sé qué tienes belleza que de tanto mirarte marchitas…”.

Tras una ligera pausa Víctor continuó:

—Este hombre, en su vesania, tenía a la belleza como único objeto de su vida. Era una obsesión patológica. La rosa, que diariamente cambiaba por una nueva, fresca y viva, era el símbolo de esa obsesión. Pero un buen día dejó de renovarla y entonces la flor se marchitó.

—Señor, no alcanzo a comprender…

—Sí, a mí también me costó trabajo entenderlo. Pero está absolutamente relacionada con los secuestros, puesto que nos da el perfil psicológico del personaje en cuestión —siguió Saltero—. Las dos chicas, igual que la flor, eran muy hermosas, y mientras fue capaz de apreciar dicha hermosura las cuidó como hacía con la rosa. Más cuando se cansó de contemplarlas las abandonó. Pues, querido Hur, no hay belleza que de tanto mirarla no termine marchitando, como dice la canción. ¡Hasta eso cansa…!

Las últimas palabras las musitó como para sí mismo. Como pretendiendo

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

asimilar toda la idea. Hubo un instante de silencio, tras el cual el mayordomo se dirigió respetuosa y admirativamente hacia su jefe:

—Muy bien, señor —para continuar después—: ¿Me permitiría aconsejarle un baño templado para relajarse, antes de la visita de la señorita Irene?

—En eso mismo estaba pensando hace unos momentos. Hur, definitivamente, tiene usted la virtud de adivinar mis deseos. Adelante con ese baño.

Momentos más tarde oía al mayordomo en los quehaceres comprometidos, mientras comenzaban a sonar las primeras notas de la coral de la Novena sinfonía de Beethoven: El himno de la alegría.

Saltero pensó que, como siempre, Hur acertaba con la pieza musical adecuada al momento. Así que, cuando se acercó al baño para tomar su ablución y se cruzó con su sirviente, no pudo menos que decirle:

—Excelente, Hur.

—Gracias, señor.

FIN

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS Visita: https://www.facebook.com/groups/1137148163333119

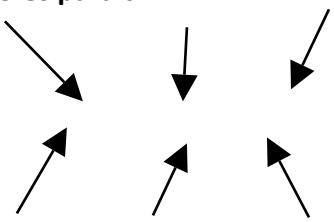
¿TE GUSTARIA GANAR DINERO?

Seguramente te estaras preguntando como voy a ganar dinero con la situación que se vive en el mundo!!

Bueno yo y más personas alrededor del mundo lo estamos haciendo!! Te dejo algunas puebas de pago abajo

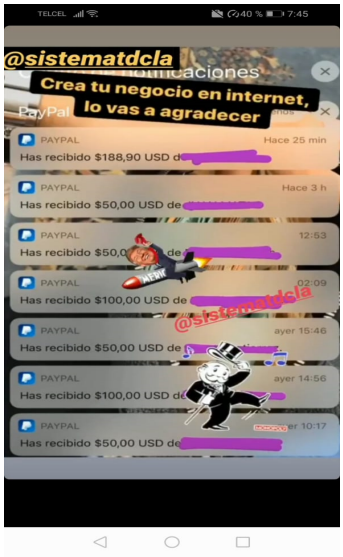
ADVERTENCIA: ESTO PUEDE HACER QUE RENUNCIES A TÚ EMPLEO

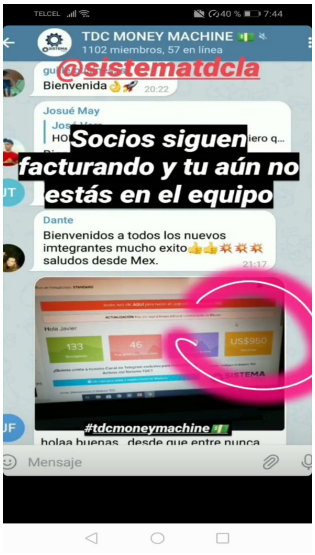
-Si te gustaria GANAR de $100 a $1,000 Dolares todos los dias esto esto es para ti



Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.

-Si estas arto de tu empleo mal pagado esto es para ti
-Si eres estudiante esto es para ti
PUEBAS DE PAGO





Conoce toda la informacion AQUÍ: https://sistematdc.com/yonathandc/lp2

Este documento PDF ha sido editado con **Icecream PDF Editor**.
Actualice a PRO para eliminar la marca de agua.